Serie ciencia ficción
GALAXIA 2000

NOVELA INEDITA

Curtis Garland

Síndrome de divinidad



EDICIONES FORUM

Curtis Garland

Síndrome De Divinidad

Curtis Garland

Síndrome De Divinidad

EDICIONES FORUM

1.ª edición: 1985
Esta edición es propiedad de Editorial Delta, S.A. Paseo de Gracia, 88, planta 5.ª 08008 Barcelona.

ISBN: 84-7598-079-1
Fotocomposición: Ungraf, S.A.
Pujadas, 77-79. 08005 Barcelona
Impresión: T.G. Soler, S.A.
Enric Morera, 15. Esplugas (Barcelona)
Printed in Spain - Impreso en España, marzo 1985

1

El comandante Garko anotó rutinariamente en la pantalla del cuaderno de bitácora electrónico:

«Fecha Cósmica 2112, G20, Tercer Período Alfa:

Viaje sin novedad por el momento. Hemos dejado atrás el campo de asteroides sin correr peligro excesivo, gracias a las pantallas deflectoras y a nuestro campo magnético de protección. Las averías producidas anteriormente, a finales del Segundo Período Alfa, a causa de la lluvia de meteoros rojos, se han reparado satisfactoriamente. El estado de los tripulantes y pasajeros es normal en estos momentos. La fiebre del funcionario Shark ha remitido últimamente, y la doctora Lang afirma que ya no existe riesgo de posibles complicaciones. Seguimos ruta normalmente, manteniendo siempre la dirección nor-nordeste hacia el Cuadrante Epsilón Ocho, teniendo como punto-guía de destino la Nebulosa K-1007.»

Bostezó, cerrando el circuito informativo de bitácora. Se puso en pie, sirviéndose un vaso de soda del distribuidor automático y contempló en la pantalla panorámica la visión cósmica exterior.

Allá, en la distancia, remotamente lejana aún, la misteriosa y resplandeciente Nebulosa K-1007 se extendía en forma alargada, como una espiral tendida de extraña coloración violácea, formando un reguero luminoso sobre el fondo negro del Cosmos. El comandante Garko meneó la cabeza.

—Me gustaría saber lo que hay allí —murmuró, hablando consigo mismo—. Pero aunque este viaje durase mil años, jamás alcanzaríamos esa galaxia.

Comprobó que el sistema de propulsión automático funcionaba perfectamente y la ruta proseguía invariable. Rectificó ligeramente uno de los controles de trayectoria y salió de la cámara de mandos de la Alcatraz II. El corredor iluminado por paneles de blanco resplandor le condujo a la sala de reuniones, donde se escuchaba el rumor de la conversación.

—Buenos días, caballeros —saludó, entrando en la estancia—. No se muevan, por favor.

Se sentó junto a las tres personas allí acomodadas, que estaban cambiando impresiones sobre unos mapas cósmicos obtenidos mediante trazados electrónicos en los ordenadores informáticos.

—Todo funciona correctamente a bordo —informó el comandante —. ¿A qué conclusiones han llegado en sus averiguaciones?

—A nada práctico, señor— se lamentó la doctora Lang, la única mujer presente en el grupo—. Los ordenadores no aclaran nada respecto a la naturaleza de esa galaxia de color violáceo ni a las

causas de su extraña tonalidad.

—Por otro lado, esa galaxia no aparecía en otros mapas cósmicos obtenidos anteriormente y memorizados por la computadora central —añadió el oficial Dobbs con gesto pensativo—. Es como si hubiera surgido ahí de repente.

—Eso no es posible. Esa galaxia posiblemente sea dos veces mayor que la nuestra. No puede aparecer o desaparecer por arte de magia, Dobbs.

—Lo sé, señor, Pero me limito a los hechos registrados por la máquina, no a opiniones personales. El señor Kraft opina que podría ser incluso un simple espejismo estelar.

—No he oído nunca hablar de ese fenómeno —sonrió Garko con buen humor, cambiando una mirada con su rubio y atlético auxiliar y piloto, Jonathan Kraft—. Además, no creo que estemos febriles ni sedientos para ver visiones, como en el desierto.

—Mi teoría es que pueden ser posibles los espejismos en el espacio, señor, siempre que se den ciertas circunstancias. Por ejemplo, prolongada estancia en el vacío, larga soledad, distanciamiento del mundo al que uno está habituado...

—Todo eso, señor Kraft, creo que lo hemos superado ya sobradamente —murmuró Garko gravemente—. Llevamos tres años en esta nave, hemos dejado atrás el Sistema Solar y viajamos con rumbo desconocido hacia la Nada, hacia un punto sin posible retorno, puesto que todos sabemos que el regreso a la Tierra es imposible, dada la programación llevada a cabo en esta nave para su ruta. Nos hemos habituado a nuestra soledad a bordo, lejos de cuanto nos era familiar. ¿No es así, doctora Lang?

La mujer sentada al otro extremo de la mesa blanca y oval asintió con energía.

Sus ojos verdes brillaban bajo el doble y fino arco de sus cejas, tan doradas como su corto y sedoso cabello. En vez de lucir un uniforme gris metálico, como sus compañeros de tripulación en la Alcatraz II, ella ceñía su cuerpo con un elástico indumento color dorado, que parecía hacer juego con sus cabellos intensamente rubios y el tono de su suave piel.

—Psicológicamente, hemos superado todas las pruebas satisfactoriamente, comandante —admitió ella—. Parecemos perfectamente adaptados a nuestra vida, pero siempre queda un margen para lo imprevisible. Nuestra imaginación, nuestro subconsciente, puede jugarnos malas pasadas en cualquier momento.

—Pero la computadora señala que la nebulosa está ahí —terció el oficial Dobbs con energía—. Y las máquinas no suelen sufrir espejismos.

—Es cierto —admitió Garko arrugando el ceño—. En cuyo caso,

señor Kraft, tal vez ese presunto espejismo se refiera al hecho de que desaparezca de nuestra vista y no de que aparezca... . ,

—Lo que la computadora registra, señores, no es una galaxia de color violeta, exactamente, sino la presencia de una masa sólida y gaseosa frente a nosotros, en un punto aproximadamente situado a mil años luz de nuestra posición actual.

—Y que, sin embargo, desde la Tierra jamás fue localizada ni descubierta, ni tan siquiera mediante los más poderosos telescopios electrónicos —objetó la doctora Láng con gesto preocupado—. Eso me sorprende, la verdad.

—Podría ser una galaxia viajera —apuntó Dobbs—. Es decir, una masa estelar en movimiento constante, que se desplaza a través del Universo rompiendo, en cierto modo, el equilibrio cósmico establecido según la ciencia interplanetaria.

—Pienso que será mejor esperar a ver si podemos obtener mejores y más completos datos a medida que progresemos hacia ella siguiendo la ruta actual —señaló Garko—. Por el momento, lo importante es que todo marcha bien a bordo y hemos salvado sin problemas el campo de asteroides. ¿Cómo sigue el proceso febril de Shark, doctora?

—Muy bien —dijo ella—. No hay que preocuparse por él. Si todo sigue su curso, mañana podrá levantarse y abandonar la enfermería.

—Perfecto. Señor Kraft, ¿qué hay de los penados?

—Sin novedad —sonrió su segundo—. Lo de Ilsen Kern fue una simple crisis nerviosa sin consecuencias. Ahora está bien, bajo el efecto de un sedante.

— ¿Y Alex Weddell? —inquirió Garko.

—Oh, ése...—Kraft se encogió de hombros—. Como siempre. Huraño, encerrado en sí mismo, hosco y violento. Nunca cambiará. No podemos fiarnos de él. Creo que jamás podremos.

—La verdad es que no me gusta viajar con un hombre como él —apuntó la doctora Lang.

—A mí tampoco —convino Garko—. Pero no podemos elegir, doctora. Bien sabe que ninguno hacemos este viaje por placer, precisamente.

— ¿Me lo dice a mí? —sonrió la doctora irónicamente—. Pero hay penados que no causan problemas, como Ilse Kern. Weddell, sin embargo...Ese hombre me inquieta, por no decirles que me asusta.

—No es para tanto —protestó Dobbs—. Llevamos tres años con él a bordo, y nada ha sucedido que nos haga temer algo concreto por su parte.

—Tal vez porque nunca le hemos despojado de sus esposas magnéticas, señor Dobbs —comentó Garko— Me hubiera gustado hacerlo, como con la señorita Kern. Pero sería un riesgo excesivo.

—Además, ella sólo es una saboteadora por motivos ideológicos y

políticos —señaló la doctora Lang—. Y él…, es un asesino, ni más ni menos.

—Un asesino.. .Sí, es cierto —admitió gravemente Garko—. No es que me guste juzgar a los demás, porque ninguno estamos a bordo de esta nave por placer o como recompensa precisamente. Pero de todos nosotros, Weddell es el único que me preocupa seriamente en todo momento.

—Es un hombre malvado —señaló la doctora—. Tuvo suerte de que quedaran conmutadas las penas capitales cuando estaba virtualmente a las puertas de la cámara de la muerte. Pero no creo que agradezca a nadie semejante gracia. Odia a todo el mundo, es violento y cruel. No pienso que se haya arrepentido jamás de los crímenes que cometió en la Tierra, comandante.

—No, yo tampoco lo creo —convino Garko ceñudo—. Pero no podemos erigirnos en jueces suyos o de nadie. Nosotros mismos, ¿qué somos? Yo, personalmente, todos lo saben, un represaliado político del Nuevo Orden. Mi segundo, el señor Kraft, un desertor de las Fuerzas de Represión Política.

—Oh, por supuesto —suspiró Dobbs con una sonrisa, mientras Kraft asentía con movimientos de cabeza—. ¿Y qué soy yo, sino un amante de la libertad humana a quien se le ocurrió unirse al Movimiento Liberador Mundial, situado por la legislación vigente en la clandestinidad?

—Mi caso no es diferente al suyo, caballeros —sonrió la doctora Velda Lang suavemente—. Me negué a ser miembro del Comité de Control Psico-mental del Estado en Washington DC, cuando me nombró el Delegado del Nuevo Orden en los Estados Unidos de América. Esa negativa implicaba el destierro. Y como una disidente con carrera de Medicina y Psicología es siempre peligrosa, me embarcaron en esta nave sin retorno. Entre nosotros y esos dos penados, por tanto, no existe gran diferencia después de todo. Ilse Kern una saboteadora activa que dinamitó instalaciones vitales para las Fuerzas de Represión Política. De existir la pena capital en ese momento, no estaría ahora en esta nave.

—No sé qué será peor, doctora —suspiró Kraft amargamente—. Me pregunto si no hubiera sido más piadoso terminar con todos nosotros de una vez que condenarnos a vagar eternamente por el espacio dentro de esta nave-prisión.

— ¿Eternamente? —rió Garko—. Usted exagera, amigo mío. Nadie vive eternamente, ni siquiera en el Cosmos. En todo caso, a deambular por el resto de nuestras vidas entre las estrellas, eso sí.

—Bueno, viene a ser lo mismo. Hay quien dice que el tiempo es diferente cuando se viaja por el Universo. Podría suceder que, si volviéramos a la Tierra dentro de otros diez o quince años, allí

hubieran transcurrido para ellos cien años o más.

—Eso son sólo teorías en torno a la relatividad, señor Kraft. De momento, llevamos aquí tres años, hemos dejado atrás el Sistema Solar hace tiempo y nos adentramos en nuevos y maravillosos ámbitos celestes qué el hombre jamás conoció antes. Para nosotros, estos tres años han sido justamente lo que son, treinta y seis meses, y posiblemente para la vieja y querida Tierra, dominada ahora por el Nuevo Orden, siga siendo el mismo tiempo a pesar de sus elucubraciones matemáticas.

—Ya que hablamos de nuestras culpas respectivas, comandante, ¿por qué no mencionar las del oficial Shark? —terció Dobbs con suavidad—. Él nunca hizo nada contrario a la política mundial...

—Eso es cierto —asintió Garko—. Pero cometió un delito de otra naturaleza, pese a ser un hombre adicto y leal al Nuevo Orden, con un alto cargo oficial en el Estado Mayor Internacional. Se enamoró de una mujer-funcionario y logró convencerla para escapar juntos unos días lejos de todo servicio, en un apasionado romance. Ésa clase de relaciones íntimas están penadas entre altos funcionarios del Estado Mundial. En el Nuevo Orden no tiene cabida el amor, todos lo saben. Ni nada sentimental o emotivo. Los humanos deben ser máquinas, engranajes del gran mecanismo frío y aséptico del Estado y del Pueblo bajo dictatoriales legislaciones herméticas.

—En resumen, todos nosotros somos personas que no merecemos un castigo tan duro —musitó la doctora Lang—. Pero aquí estamos, pagando la culpa de querer ser libres, aunque el oficial Kraft siga siendo fiel a sus doctrinas del Nuevo Orden pese a lo ocurrido. Sólo Weddell; entre todos nosotros, es un ser despreciable, asesino y violador convicto, una persona indigna de vivir mezclada con gentes como nosotros o su compañera de pena, Ilse Kern. Pero estamos todos juntos a bordo, y eso no hay quien lo cambie, señores.

—Yo, personalmente, opino que...

Era Kraft, el segundo de a bordo, quien había comenzado a hablar. Nunca se supo a ciencia cierta cuál era esa opinión personal, porque sus palabras fueron bruscamente interrumpidas por una violenta, repentina sacudida, que bamboleó la nave Alcatraz II en el espacio, lanzando a las personas allí sentadas contra los muros, mientras saltaban chispazos de algunos tableros de controles, y la luz roja de alerta comenzaba a parpadear a bordo, señalando un estado de súbita emergencia.

2

— ¿Qué diablos ocurre? —gritó Kraft, lanzándose velozmente hacia la cabina de mandos apenas recuperado el equilibrio.

El rojo parpadeo de la luz de alarma continuaba frenético. Todos corrieron a averiguar lo sucedido, mientras una nueva sacudida conmovía la nave-prisión, lanzando a unos contra otros aparatosamente.

Garko, jurando entre dientes, se unió a su segundo en la búsqueda urgente del motivo de aquel suceso. Cuando penetraron en la cabina de control, la pantalla panorámica reflejaba en el exterior una luz deslumbrante, de color púrpura, que bañaba en un resplandor intensísimo toda la cámara. Tuvieron que cubrir sus ojos con las manos y moverse a tientas hacia los mandos.

— ¿Qué es eso? —gritó Dobbs desde la puerta.

—No lo sé, pero tiene todas las trazas de corresponder a una súbita radiación llegada desde la galaxia violácea —dijo Garko sordamente, bajando el nivel luminoso de la pantalla , con lo que el cegador fuego púrpura de la misma se amortiguó lo suficiente para poder abrir los ojos y moverse normalmente por la cabina.

— ¿Qué clase de energía puede ser capaz de llevar tan lejos una luz así? —Se preguntó Kraft en voz alta—. Esa galaxia debe estar a cientos, acaso a miles de años-luz, señor…

—Lo sé, Kraft —asintió Garko pensativo, manteniendo el control de la nave para evitar nuevos y violentos bandazos. Señaló una de las pantallas electrónicas de la computadora central—. Vea eso, por favor, y dígame qué opina de ello.

El segundo de a bordo miró lo que le señalaba su superior. Su rostro reflejó perplejidad, lo mismo que los de Dobbs y la doctora Lang.

—Cielos, ¿qué diablos es eso? —indagó Kraft, confuso.

—Según parece, un meteoro que nos ha golpeado hace un momento, provocando las sacudidas, al tiempo que llegaba aquí la radiación —dijo Garko sombrío.

Era cierto. En la pantalla se veía flotar una forma rocosa, deforme y oscura, cerca de la nave, como si la gravedad de ésta atrajese y sujetara al cuerpo celeste a su órbita. Pero eso no era posible, porque el meteoro era al menos diez veces mayor que la nave.

—Está girando en torno nuestro, no nosotros a su alrededor —señaló Dobbs—. Eso no tiene sentido.

—Lo sé, señor Dobbs. Tal vez el meteoro sea en realidad una nave autónoma, un medio de transporte de algo o de alguien…

—Pues no lo parece, la verdad. Tiene todas las trazas de ser un

peñasco flotante —apuntó la doctora Lang preocupada. Luego, recordando algo, se encaminó a la puerta—. Debo ver cómo está Shark en la enfermería. Espero que estas sacudidas no le hayan alterado. Se quedó solo con Yumbo.

— ¡El pobre perro...¡-Rió Dobbs—. Debe de estar muy asustado.

La doctora asintió, ausentándose camino de la enfermería de a bordo. Los tres hombres permanecieron ante los mandos. Garko observó que decrecía la luz púrpura, hasta formar sólo una débil línea que se diluía en el negro espacio. La nave recuperó su estabilidad.

—Bien, parece que el peligro pasó —contemplaba fijamente el guijarro celeste en la otra pantalla parcial—. Sólo nos queda ese incómodo compañero de viaje que nos ha salido...

—Mientras se mantenga a distancia prudencial, no pasará nada —señaló Kraft—. Pero me pregunto de dónde salió. Los detectores no captaron nada.

—Eso es lo extraño, amigo mío —habló seriamente Garko—. Vea ahora los detectores de materia. Siguen sin señalar absolutamente nada.

— ¡Cielos, es verdad! —Masculló Kraft sorprendido, comprobando la inmovilidad de los sensores encargados de detectar materias sólidas cercanas a la nave—. Están a cero... Y el radar no indica nada tampoco... ¡Es como si ese meteoro no existiera, señor!

—Exacto. Y no existe. Mire ahora la pantalla, se lo ruego.

Kraft la miró, Dobbs también. Ambos lanzaron una imprecación. Se miraron incrédulamente y luego cambiaron otra mirada con el ceñudo comandante.

—No hay nada —susurró el segundo piloto—. Ha desaparecido de pronto sin dejar el menor rastro...

—Como si nunca hubiera estado ahí-asintió Garko pensativo—. Así ha sido, amigos míos. Extraño, ¿no? Usted habló antes de alucinaciones, Kraft. Es posible que sea la computadora y los sistemas de televisión exterior los que las sufren, pero no los detectores de materia ni el radar.

—Pero..., pero esto no tiene sentido.

—Ningún sentido, es cierto. Posiblemente esa repentina descarga de energía nos está haciendo esta mala pasada. O algo esta jugando con nosotros...

Después de todo, ¿qué sabemos del espacio exterior, qué de los ámbitos cósmicos situados más allá de nuestro sistema solar? Hace ya casi un año que dejamos atrás a Plutón, el último planeta conocido que gira en torno a nuestro sol. Ahora, sólo Dios sabe lo que pueda esperarnos en nuestra ruta hacia ninguna parte.

—Dios mío, lo que daría por ver de nuevo mi querida Tierra, señor —habló amargamente Dobbs en ese punto—. ¿Se imagina su

imagen azul y entrañable ahí mismo, ante nosotros, en vez de esa maldita galaxia violácea y esa negrura sin límites? Aun con su Nuevo Orden y todo, la prefiero a todo lo desconocido que podamos ver en este condenado viaje…

— ¡Dios mío, Dobbs, no siga! —aulló Kraft, repentinamente lívido, señalando a la gran pantalla panorámica de donde ya había desaparecido por completo toda señal dé la cegadora luz púrpura —. ¡Mire eso, por el amor de Dios, y dígame que no estoy soñando ni viendo visiones!

Dobbs se sobresaltó, mirando a la pantalla tal cómo indicara el segundo piloto. También el comandante Garko giró la cabeza, dejando de atender los controles para mirar.

Lo que vieron en la pantalla, causó el estupor y la incredulidad de todos ellos.

¡La inconfundible imagen azul y blanca de un planeta lleno de mares y envuelto en masas de nubes, aparecía nítida ante ellos, familiar y cercana!

La Tierra estaba de nuevo a escasa distancia de ellos, justo ante la proa de la Alcatraz II…

—Puro espejismo. Imaginación o fantasía, señores. No sé lo que ello pueda ser, pero nada real, nada sólido. La ilusión pasó.

Nadie hablaba en la sala de mandos. La doctora Lang, pensativa, miraba a todos ellos y luego a la pantalla vacía, donde solamente era visible allá a lo lejos la nebulosa violácea, su amasijo resplandeciente de estrellas en medio del infinito negro y profundo. Ni la menor huella del planeta Tierra o nada parecido.

—De modo que vieron la Tierra, están seguros de eso…— murmuró.

—Sí, doctora —afirmó Garko—. ¿Puede ser un caso de sugestión colectiva?

—Puede serlo, por supuesto. Pero para ello hace falta una fuerza que sugestione á todos a la vez, humana o no. De otro modo, no se explica una alucinación semejante. ¿Han grabado en el vídeo las imágenes de esa pantalla?

—Por supuesto. Sabe que se graban todas automáticamente. Es inútil. En ninguna de ellas hemos visto el meteoro de antes o la imagen de la Tierra. No se reflejó nada en absoluto.

—De modo que la imagen sólo se transmitió a sus mentes — apuntó la psicóloga con expresión preocupada.

—Eso parece. La de la Tierra sólo duró unos segundos. Cuando quisimos cerciorarnos de que eso era posible, dejamos de verla.

— ¿Quién mencionó el deseo de verla nuevamente?

—Yo, doctora —dijo Dobbs—. Es un sentimiento natural, ¿no? Pero que yo sepa, nunca he podido materializar mis deseos, por el

simple hecho de expresarlos.

—Pues ahora parece diferente. Es un extraño caso de sugestión, lo admito. Científicamente no tiene el menor sentido, Dobbs, porque usted no es una persona particularmente emotiva o con poderes parapsicológicos, que yo sepa. Y bien sabe que tengo un perfecto dossier psicotécnico y humano de cada uno de ustedes.

—El hecho cierto es que hemos visto dos cosas que no existen: un meteoro y una visión del planeta Tierra, tan cercana como si estuviéramos en la superficie de la Luna— dijo Garko con lentitud—. Me pregunto por qué. Tiene que haber algo que haya provocado a ese extraño fenómeno repetido. ¿Alguien deseaba ver un meteoro cuando lo vimos?

—No, yo no, ciertamente —negó Dobbs.

—Ni yo —rechazó Kraft—. Un meteoro aquí es siempre un peligro.

—Y, desde luego, tampoco yo —sonrió la doctora—. Ése hecho es diferente al de aparecer la imagen de la Tierra. Pero quizá motivado por una misma causa que desconocemos.

—Y que yo juraría que tiene algo que ver con ese resplandor purpúreo de antes —apuntó Kraft sombrío.

—Opino como usted —corroboró Garko, afirmando con la cabeza —. Todo ha comenzado con ese extraño resplandor. Creo que debemos mantenernos alerta por si se repiten esos fenómenos incomprensibles, y procurar mantener en todo momento la calma.

En ese momento, se oyeron ladridos agudos por el corredor. Todos giraron la cabeza. Un gracioso y pequeño perrillo de lanas asomó en la entrada de la cámara de controles, emitiendo alegres ladridos, y moviendo la cola.

—Oh, Yumbo, no —suspiró la doctora Lang—. ¿Ya has dejado solo a Shark? Creí que eras más fiel a tu dueño, querido…

Tomó al animal en brazos y lo acarició. El incidente relajó a todos los presentes, logrando incluso arrancar sonrisas. Dobbs comentó, mirando al perro con simpatía:

—Después de todo, ya no pertenece sólo a Kraft. Es un poco de todos nosotros, doctora. Yumbo es una mascota de la nave, a fin de cuentas.

—En efecto —Garko también le acarició con afecto, y el animal lamió su mano dulcemente, con ojillos radiantes—. Creo que todos le consideramos uno más de la familia y él siente lo mismo por nosotros. Hasta ahora, su presencia nos ha dado suerte. No podemos quejarnos, tras estos tres años de viaje espacial sin incidentes graves ni problemas serios. Es mucho más de lo que yo me imaginé al salir de la Tierra. A fin de cuentas, mi viaje espacial más largo cuando pertenecía a las Legiones Espaciales de Combate del Nuevo Orden, había sido de sólo

cuatro meses.

—Y éste será por el resto de nuestras vidas —suspiró Kraft con resignación—. Un viaje demasiado largo, ¿no cree, señor?

—Todas las cadenas perpetuas son así, en el destierro o en una prisión. Nosotros, al menos, tenemos en esta época la fortuna de podernos mover por el espacio sin límites. Esta nave es una prisión, sí. Pero fuera de ella, tenemos todo el Universo para nosotros.

—Para lo que nos sirve, después de todo...—se quejó Dobbs amargamente moviendo la cabeza con pesimismo.

Una luz repentina comenzó a hacerse en la cámara. Garko miró rápido a la pantalla, dispuesto a bajar el haz lumínico de la misma para evitar otro deslumbramiento como el de antes. Al mismo tiempo, gritó a Kraft:

— ¡Cuidado, señor Kraft, controle los mandos de estabilidad para evitar nuevos bandazos si esa energía vuelve a asomar en pantalla como parece!

Todos corrieron a sus puestos. El perro ladró, saltando de brazos de la doctora y corriendo a esconderse en un rincón, tras una de las computadoras de la nave.

Pero el resplandor esta vez era distinto.

No se trataba de la purpúrea luz de antes, sino de algo mucho más inquietante e inconcreto.

El foco luminoso viajaba por el espacio, desde la galaxia violácea, apuntando directo hacia la nave. Era como una llama moviéndose por el vacío en línea recta en dirección a ellos. Y su velocidad debía de ser tan increíble que se aproximaba vertiginosamente, salvando la inmensa distancia en segundos.

— ¿Qué puede ser eso, señor? —preguntó Dobbs alterado—. Si es un meteoro y choca contra nosotros, estamos perdidos. Nos hará mil pedazos.

—Puede que tengamos suerte y sea tan sólo otra alucinación —apuntó Kraft, esperanzado, manteniendo firmes los mandos de estabilidad y control en la ruta de la Alcatraz II.

Garko no hizo comentario alguno, pero sus ojos no se desviaban de la pantalla y del objeto luminoso que venía hacia ellos. En su escondrijo, Yumbo emitió un quejido de temor.

Empezaba a producirse una leve vibración en toda la nave, que iba en aumento por momentos. Podían sentirla bajo sus pies, en los muros de metal y plástico, en los propios mandos que retenían con pulso firme.

— ¿Qué cree que está ocurriendo? —preguntó Kraft.

—No lo sé —confesó Garko—. Ese objeto, al aproximarse, produce esa especie de vibración en toda la nave. Esperemos que no vaya en aumento hasta el punto de poder desintegrar los materiales de

a bordo. Sería una hecatombe sin remedio. Y nuestro final.

Todos se mantuvieron tensos, la mirada fija en el meteoro o lo que fuese. La luz destellaba con tonalidades entre purpúreas y anaranjadas, pero su centro parecía totalmente blanco. Kraft probó a detectar la presencia de algo sólido con los sensores de larga distancia. Unos parpadeos leves se produjeron en pantalla.

—Eso no tiene nada de imaginario esta vez —habló sordamente —. Los sensores detectan algo real, a mucha distancia aún de esta nave. Pero se mueve a velocidad endiablada, al menos cincuenta veces la de la propia luz.

—Debe ser una forma de energía cósmica en movimiento —señaló Garko preocupado—. Aunque parezca luz, no lo es. Tendría que moverse a la velocidad de la misma, no a superior. Su destello luminoso debe producirlo la propia energía en acción mientras se desplaza. Es algo insólito por completo. Creo que acabamos de entrar en un auténtico reino de las maravillas donde todo lo que sucede carece de lógica, al menos como nosotros la entendemos en la Tierra y en todo el Sistema Solar.

La velocidad de la materia en movimiento aumentaba por momentos, a juzgar por los indicios detectados en los sensores. Las trepidaciones habían cesado, por fortuna, pero la tensión a bordo era total. Todos los ojos estaban fijos en la pantalla panorámica donde era visible la extraña luz viajera.

Era tal su abstracción contemplando aquel fenómeno inexplicable, que la voz a sus espaldas les sorprendió por completo, provocando en ellos un escalofrío de horror:

—No se mueva ninguno de ustedes, amigos— dijo aquella voz fría y áspera, con tono entre sarcástico y amenazador—. Si lo hacen, les mataré a todos. Saben que no dudaré en hacerlo.

Garko fue. el primero en mirar atrás y ver en la puerta de la cabina al hombre armado con una potente pistola de rayos láser encañonada hacia ellos. Con una sola descarga de aquel arma, situada en su mayor intensidad de disparo, podía fulminar a todos en un instante. El rostro cruel y maligno que contempló, tampoco dejaba demasiadas esperanzas respecto a lo que les esperaba si intentaban oponerse a él.

— ¡Alex Weddell! —gritó el comandante de a bordo—. ¡Usted! ¡Libre!

Era él. Alex Weddell, el penado asesino. Armado, y sin sus ligaduras magnéticas.

3

Tras él apareció en escena otro personaje. Traía un arma en su mano, pero se le veía menos seguro y menos agresivo que a Weddell.

Era Ilse Kern, la segunda persona condenada a cadena perpetua en el espacio, dentro de los muros de la prisión espacial Alcatraz II. Su cabellera plateada, su vestido oscuro, de penado, con el emblema infamante de las prisiones del Nuevo Orden sobre pecho y espalda, en forma de cadena rodeando un triángulo con la letra C de «condenado», formaban un cierto contraste. Su piel era sumamente pálida y tersa, sus grandes ojos azules reflejaban inquietud, y se humedecía con frecuencia los labios gordezuelos, mientras empuñaba una pistola láser, al igual que Weddell.

—Entra, Ilse —ordenó Weddell secamente—. Sitúate ahí, cubriéndoles a ellos lo mismo que yo. No debemos confiarnos.

Ella asintió algo vacilante. Miró con expresión casi de excusa a los que ahora pasaban a ser cautivos de ellos dos.

— ¿Por qué hace esto, Ilse? —la reprochó la doctora Lang—. Usted es una persona sensata, recibe un trato amable por nuestra parte. No puede unirse a un criminal como Weddell…

(FALTAN 2 PÁGINAS)

posibles de quitar, a menos que se sometan a cierta radiación…

—No fue necesario. Simplemente, deseé quitármelas. Y cayeron de mis manos.

La doctora y Garko cambiaron una rápida mirada de asombro. Weddell parecía decir la verdad, no tenía por qué mentir. Pero ambos sabían que con desear simplemente una cosa como aquella, no bastaba. Las cintas magnéticas con que eran ligados los penados peligrosos sólo podían desprenderse de forma mecánica, utilizando un mecanismo que emitía una radiación neutralizadora de ese magnetismo que las aferraba a la piel humana.

— ¿Y las armas? —Inquirió Kraft—. ¿Cómo las obtuvieron?

—Encontrándolas —rió Weddell—. Yo quería que hubiera al menos un par de estas excelentes pistolas en alguna parte. Y tuve suerte. En el primer armario que abrí de la galería de celdas, encontré las dos armas.

Garko no dijo nada. Pero él sabía que ni en aquel armario ni en parte alguna de la galería inferior de la nave, destinada a las celdas de los penados, existía arma alguna. Parecía como si todo lo que deseara el prisionero, se cumpliese al pie de la letra. Pero eso, naturalmente, carecía de sentido.

Ilse trajo el rollo de cinta magnética. A la joven cautiva le bastó con enrollarlo en torno a las muñecas de Garko. La cinta, como una

sierpe viviente, se enroscó de inmediato a sus muñecas, ciñéndolas con fuerza, aunque sin dañar. Su carga magnética era tal que bastaba con ser enrollada en torno a un miembro humano para que de inmediato se ajustase por sí misma de forma adherente y firme. Ahora, sólo una descarga de radiación antimagnética podría liberar a Garko de sus ligaduras.

—Puede dirigir igualmente la nave de ese modo —se mofó el asesino—. Le necesito para qué naveguemos sin novedad, Garko. Pero aquí quien da las órdenes ahora soy yo, no lo olvide.

—No es fácil olvidarlo, Weddell— fue la sombría respuesta del comandante.

Dobbs se estaba ocupando entre tanto de apagar con un pequeño extintor el fuego de los circuitos incendiados por el disparo de Weddell, mientras Kraft intentaba reparar los daños sufridos por aquel ordenador. La doctora Lang miró tristemente a Ilse Kern, que apuntaba con su arma a los tripulantes de la nave. Observó que el pulso de la prisionera, convertida ahora en dueña de la situación, temblaba bastante.

En ese momento, Yumbo salió de su escondite y ladró con viveza, mirando a Weddell con cara de pocos amigos.

El penado giró su arma hacia el perrito, lanzando una imprecación.

— ¡Maldito animal, voy a hacerte callar de una vez por todas! —rugió.

Su arma disparó. Por fortuna, en ese mismo instante, la doctora Lang golpeaba con su cuerpo el brazo del criminal, desviando el disparo. El rayo láser silbó en el aire, destrozando una parte del muro de plástico de la cabina de mandos.

El perro, asustado, echó a correr y pasó entre las piernas de su agresor > perdiéndose por el pasillo rápidamente, mientras Weddell se encaraba furioso con la doctora y apoyaba su arma en el pecho de ella. ,

—Repita otra vez algo así, doctora, y dejaré esta nave sin personal médico, ¿está bien claro?

—No vuelva a intentar matar a ese pobre perro, Weddell —silabeó la doctora, con arrogancia—. No le ha hecho daño alguno. Es la mascota de esta nave. Yo pienso que nos da suerte. Al menos, seguimos vivos y eso ya es un buen indicio.

—La doctora tiene razón, Alex —terció débilmente Ilse Kern—. Yumbo es un buen animal. No debemos dañarle.

—Callaos todos —gruñó Weddell malhumorado—. No permitiré que nadie me diga lo que debo hacer o no, recuérdenlo. Ahora, sigamos el viaje. ¿Cómo van las cosas a bordo, Garko?

—No del todo bien —manifestó el comandante con sequedad.

Señaló con sus manos esposadas la pantalla—. Vea eso, Weddell.

— ¿Qué es? —indagó el penado.

—No lo sabemos. Puede ser un asteroide o una simple luz. Viene hacia nosotros a enorme velocidad, quizá centuplicando la de la propia luz. Parece proceder de aquella galaxia de color violáceo.

— ¿Qué galaxia es ésa?

—Tampoco tenemos la menor idea. Apareció de repente, como si se desplazara por el Universo de modo fulminante. O como si surgiera por arte de magia donde antes no estuvo nunca. Están ocurriendo cosas muy raras a bordo, Weddell. Cosas que tienen difícil explicación.

—Bueno, pues mantengan los ojos bien alerta y no se descuiden. No me gustaría que por negligencia suya pudiéramos tener un serio disgusto.

—No se preocupe por eso. Son las vidas de todos los que están en juego. Por la cuenta que nos tiene, todos procuraremos mantenernos pendientes de los acontecimientos.

Weddell no dijo nada, limitándose a sentarse en uno de los asientos del puente de mando de la Alcatraz II, manteniendo su arma enfilada hacia los tripulantes de la nave en todo momento. Ilse Kern se situó al lado opuesto, cubriendo asimismo con la pistola láser a los cuatro prisioneros.

—Bueno;, comandante, parece que ahora somos nosotros los que. hemos de obedecer órdenes —murmuró Kraft ceñudo, junto a su capitán.

—Así parece, señor Kraft —convino Garko secamente—. Y será mejor hacerlo sin objeciones. Ese hombre es algo más que un criminal sin conciencia, amigo mío. Creo que está completamente loco.

— ¿Cómo diablos podría quitarse las ligaduras sólo con desearlo y hallar armas donde nunca las hubo, señor? —se sorprendió Kraft.

—No lo sé. Pero tengo una cierta idea… —murmuró Garko con la mirada pérdida en el vacío estelar, allá en la pantalla panorámica que mostraba el destello viajero cada vez más próximo a ellos.

—Será mejor que no murmuren entre sí en voz baja —avisó sordamente Weddell desde su emplazamiento—. No me gustan los secretos, Garko.

—Sólo intercambiábamos opiniones profesionales, Weddell —replicó el comandante.

—Pues en lo sucesivo háganlo en voz alta. Será mejor para ustedes.

Garko se encogió de hombros, siguiendo la contemplación de la luz en pantalla. Dobbs avisó desde la pantalla de radar:

—Está acelerando su velocidad, señor. Ahora se detecta muy nítidamente. Parece tener forma poliédrica* según el gráfico.

— ¿Poliédrica? —se extrañó Garko, mirando con sorpresa hacia la

pantalla de detección.

Era cierto. Allí se dibujaba nítidamente, en un lívido tono verde, sobre el cuadriculado del espacio estelar circundante, la luminosa mancha de algo en forma de poliedro. Garko calculó que el dibujo geométrico detectado por los sistemas especiales de radar cósmico correspondía a un cuerpo de, por lo menos, veinte lados o facetas.

—Nunca he visto un cuerpo celeste en forma de poliedro, la verdad— comentó Kraft, perplejo.

—Es como si un diamante se hubiera hecho gigantesco en el espacio —apuntó la doctora Lang con extrañeza—. El más enorme y fantástico diamante de todos los tiempos.

—Un diamante que, por otro lado, viaja a millones de millas por segundo —apuntó Garko sin desviar sus ojos de la pantalla luminosa del detector de materias—. Realmente increíble, señores.

— ¿Cabe la posibilidad de que sea una nave extranjera, un enemigo surgido del espacio? —preguntó Weddell con acritud.

—Podría ser. Nadie sabe aun lo que nos reservan estas zonas del Cosmos —dijo Garko indiferente—. Antes hemos llegado a ver un meteoro que no existía. E incluso apareció la imagen del planeta Tierra en esas pantallas.

—Eso es imposible —gruñó Weddell, mirándoles desconfiado.

—Claro que es imposible. Las grabaciones de vídeo no han recogido esas imágenes. Sin embargo, todos las vimos en pantalla con claridad.

— ¿Es que ven visiones?

—Me temo que algo parecido. Pero ese objeto, sea lo que sea, no es una visión —señaló a la pantalla donde se dibujaban las facetas geométricas del cuerpo celeste—. Está ahí. Lo señalan los sensores de a bordo y se dibujó en la pantalla de radar. No hay la menor duda, existe. Y sigue acercándose a nosotros a velocidad jamás conocida por el ser humano.

— ¿Han adoptado alguna precaución por si llegase a chocar contra nosotros? —se alarmó Weddell.

—Las de rigor. Tenemos desplegadas las pantallas deflectoras y el campo magnético. Es cuanto podemos hacer, pero ignoro si un objeto a velocidad ultralumínica puede traspasar todo eso sin problemas, en cuyo caso estaríamos definitivamente perdidos, porque el impacto a esa velocidad de marcha del objeto, sería suficiente para pulverizar la nave con todos nosotros dentro.

—Pues sí que es una bonita situación —se quejó Weddell con gesto alarmado—. ¿No se les ocurre nada para evitarlo, como una maniobra de evasión de ese objeto, pongamos por caso?

—Usted no entiende nada de nada, Weddell —se irritó Garko—. Esta nave está habilitada para moverse por sí misma en cualquier

maniobra para eludir un impacto peligroso. Lo que ocurre es que nadie, en el planeta Tierra, sabe aún cómo neutralizar la aproximación de un objeto a velocidad superior a la de la luz, por la sencilla razón de que nosotros jamás hemos logrado tal cosa. Por rápida que actúe la nave y por veloz que sea la maniobra de la computadora, resultaría como el movimiento de una tortuga, ante una centella. No existiría la menor posibilidad de éxito.

Weddell no objetó nada esta vez, limitándose a contemplar con el ceño fruncido el veloz poliedro en la pantalla. Éste crecía por momentos de volumen, aunque sólo era visible a simple vista el resplandor centelleante que emitía, captado por el radar y la pantalla trazadora.

Inesperadamente, un alarido terrible, sobrecogedor, conmovió la nave. Weddell pegó un respingo en su asiento, moviendo su arma de un lado a otro, sobresaltado.

— ¿Qué diablos es esto? —aulló.

— ¡Es Shark! —Gritó la doctora Lang, alarmada—. ¡Es él quien ha gritado! ¡Algo le ocurre en la enfermería!

Y sin esperar autorización alguna de su guardián, Velda Lang se precipitó a todo correr hacia la enfermería.

Weddell, furioso, reaccionó un poco tarde, ordenando con acritud a Ilse Kern:

— ¡Pronto, ve con ella, estúpida! ¡No la pierdas de vista ni un momento, y tira a matar si ella o Shark intentan algo! ¡Hazlo, o seré yo quien te fulmine de un disparo!

Ilse vaciló, corriendo luego en pos de la doctora.

Allá, en la enfermería, el paciente gritó de nuevo con tono desgarrador.

Garko y sus dos compañeros se miraron en silencio, demudados, sin saber qué era lo que podía estar ocurriendo a bordo.

4

La doctora Lang entró en la enfermería sintiendo cómo el corazón palpitaba violentamente en su pecho. Tras ella oía los pasos precipitados de Ilse, pero eso no le importaba demasiado ahora. Era Shark, el joven oficial de la nave, quien le preocupaba por completo.

Apenas asomó en el blanco y aséptico recinto, donde dejara bajo los efectos del sedante y analgésico al enfermo, supo que ocurría algo anormal.

La cama del paciente estaba vacía.

Y eso no podía ser. Ella misma había asegurado las bandas de seguridad del enfermo, que sólo ella podía accionar, para el caso de que una sacudida violenta o una brusca alteración en la estabilidad de la nave, pudiera lanzar a un hombre dormido e inconsciente contra el suelo o los muros, en un golpe de imprevisibles consecuencias.

Esas bandas de seguridad se habían desprendido sin accionarlas ella. Colgaban del lecho sin que apareciese en éste rastro alguno de Shark.

Ella miró en torno, sorprendida. Entonces oyó ladrar a Yumbo. Giró la cabeza hacia la puerta de la cámara inmediata, destinada a botiquín y quirófano.

Lo hizo muy a tiempo. Shark se precipitaba sobre ella, con expresión enloquecida, enarbolando un inyectable en su mano, una de aquellas jeringas eléctricas, a las que bastaba el contacto leve con la piel humana, para disparar su aguja y penetrar profundamente en la carne, inyectando la sustancia correspondiente.

Velda Lang gritó, apartándose.

El joven Shark, con ojos desorbitados, babeando como un poseso por su boca contraída, pasó a su lado, lanzando por su propio impulso, y fue a clavar la aguja en el muro, donde la misma se quebró con un chasquido, disparándose por el aire el líquido lechoso que contenía.

Aterrorizada, la doctora Lang comprobó que ese líquido sólo podría corresponder a una sustancia de su botiquín, dado su color y el tono turbio del mismo.

Era ultragital. Un medicamento singularmente activo. Dos gotas eran un poderoso estimulante cardíaco. Aquella dosis qué ahora se desparramaba por el aire, podía matar de modo fulminante a una docena de elefantes.

— ¡Shark! ¿Se ha vuelto loco? —gritó la doctora con gesto de horror—. ¡Quiso matarme!

Ilse Kern asomó en ese momento a la puerta de la enfermería. Shark se revolvía en ese momento y, arrojando con rabia la jeringa inútil al suelo, se precipitaba sobre la doctora con sus recias manos

extendidas, engarfiados sus dedos, aparentemente con las peores intenciones imaginables, mientras un rugido escapaba colérico de sus labios lívidos y espumeantes.

La doctora Lang se encogió, aterrada, sin poderse defender del ataque del joven oficial de a bordo, que siempre fuera tan inofensivo y cortés con todos sus compañeros durante el viaje.

Ilse alzó su arma y disparó. Una sola vez. Una centella de luz alcanzó a Shark, que emitió un alarido ronco, se paró en seco, su pie pareció brillar de súbito en un destello fosforescente, para extinguirse de inmediato. Como fulminado, cayó de bruces al suelo ante la doctora.

—Dios mío... Le ha matado... —susurró Velda Lang, mirando el cuerpo inmóvil y luego a Ilse Kern, tan asustada cómo ella.

—No, no —rechazó ésta demudada—. Sólo disparé una carga neutralizadora. Ya sabe, el mínimo posible de láser. Le ha desvanecido por un par de horas al menos, eso es todo. Yo..., yo no soy capaz de matar a nadie, doctora. Pero algo tenía que hacer para salvar su vida. Ese hombre parecía haber enloquecido...

—Así es —asintió temblorosa la doctora—. No puedo entenderlo. Shark es el único de nosotros que sigue leal ideológicamente al Nuevo Orden. Pero eso no quita que sea un buen compañero, una persona normal y amistosa en todo momento. ¿Qué ha podido ocurrirle? ¿Por qué se desasió de ésas correas de seguridad si no podía hacerlo por sí mismo sin tener a su alcance el resorte? ¿Qué está ocurriendo aquí, Ilse?

—No lo sé, doctora; pero..., tengo miedo. Tengo miedo a algo que ni siquiera sé lo que pueda ser... —musitó amedrentada la condenada en libertad.

Velda Lang asintió. Estaba mirando al perrillo Yumbo, que se había acercado al caído y lamía sus manos lentamente,, mientras emitía una serie de quejidos extraños. Luego, alzó la cabeza, miró al vacío, al aire..., y echó a correr con un aullido lastimero. Parecía tan aterrorizado como la propia Ilse Kern. Pero no había nada en torno que justificase ese miedo del animal.

—Voy a colocarle de nuevo en su cama —murmuró la doctora—. Le suministraré otro, sedante que prolongue durante más tiempo su inconsciencia. Luego, mediante un encefalograma y un neuroanálisis electrónico trataré de averiguar lo que le sucede.

Depositó a Shark en el lecho, sujetó de nuevo las correas de seguridad en torno a su cuerpo y comprobó que el mecanismo de cierre funcionaba correctamente. Nada se había averiado en él, pero aun sin poderlo alcanzar, Shark lo había logrado desconectar inexplicablemente. Claro que también Weddell se libró de modo incomprensible de sus ligaduras magnéticas.

—Están sucediendo cosas muy raras a bordo —musitó Velda Lang, preocupada—. Y todo desde que empezamos a ver esa extraña nebulosa violácea...

Ilse Kern la miró sin entender, mientras la mantenía bajo la amenaza de su arma, tal y como la ordenara su compañero de cautiverio a perpetuidad, Alex Weddell.

Cuando ya tuvo a Shark nuevamente dormido bajo los efectos de un sedante, unido a la acción de la descarga mínima de láser hecha por Ilse Kern, la doctora suspiró, asegurándose de que todo estaba ya en orden en la enfermería.

—Vamos, Ilse —murmuró—. Volvamos con los demás, antes de que su compañero pierda los nervios y haga alguna barbaridad.

—Yo..., yo no quiero que Weddell haga nada malo —musitó Ilse —. Pero le tengo miedo. Cuando le vi libre y armado... Pensé que era mejor obedecerle de buen grado. De otro modo, hubiera sido capaz de matarme.

—Lo sé, querida, lo sé —suspiró tristemente Velda, caminando a su lado por el corredor, de regreso a la cabina que era puente de mando a bordo de la Alcatraz II—. No tiene que decirme nada. En realidad, todos estamos ahora en manos de Weddell por la misma razón. No queremos que haya muertos mientras eso pueda evitarse, Pero con ser muy preocupante nuestra situación en poder de ese loco asesino, hay otra cosa que empieza a asustarme más. Presiento que hay algo a bordo de esta nave que nos amenaza secreta, calladamente. Y es una amenaza mucho más sutil e inexplicable que la presencia de un asesino... Algo que me aterra, sin saber por qué...

Desde el puente de mando, les llegó un grito agudo de sorpresa y terror.

***

Cuando llegaron allí a la carrera, sin que Ilse dejara de encañonar con su arma a su compañera, el caos reinaba en la cabina de mandos de la nave.

En las pantallas asomaba una deslumbrante claridad azul que lo invadía todo. Las luces de alerta roja parpadeaban repetidamente. En las pantallas de la computadora no aparecían cifras ni datos dé vuelo, sino parpadeos también rojos, con la advertencia repetida de «¡PELIGRO! COLISIÓN INMEDIATA».

—Dios mío, ¿qué ocurre? —gritó Velda Lang, parándose angustiada.

— ¡Lo peor que podía suceder, doctora! —Respondió Garko desde su puesto de mando—. ¡El meteoro o lo que sea, se nos viene encima a mayor velocidad que nunca y el impacto con nuestra nave es inminente, a menos que resistan las pantallas deflectora, cosa que no creo!

La nave temblaba violentamente, sus paredes vibraban y las oscilaciones iban en aumento. Lívido, descompuesto, Weddell chilló, enarbolando su arma:

— ¡Pronto, comandante, estabilice esta nave o disparo! ¡Hago lo que sea, pero detenga esto antes de que pierda los estribos! ¡Usted puede hacerlo! — — ¿Se ha vuelto loco? —replicó Garko con violencia contenida—. Nadie puede hacer nada contra eso, Weddell. Un cuerpo luminoso, a una velocidad infinitamente superior a la de la luz está atravesando millones de millas por segundo para chocar contra nosotros en cualquier momento sin remedio. ¿Y espera que yo pueda hacer algo contra eso? Nadie en nuestro mundo, cuando menos, sería capaz de hacerlo...

— ¡Entonces les mataré a todos! —rugió el penado, perdido el control de sus nervios, mirándoles con ojos desorbitados—. ¡Lo hacen a propósito, prefieren que todos muramos en ésta sucia nave antes que mover un dedo para evitar el choque, malditos canallas! ¡Yo les daré su merecido uno por uno!

Y en el paroxismo de su frenética ira, alzó el arma, disponiéndose a apretar el resorte de disparo apuntando directamente hacia Garko y su lugarteniente, Jonathan Kraft.

Garko clavó sus ojos en él. Aparentemente esperaba con calma la agresión mortal del asesino. Sus ojos no pestañearon, fijos en Weddell. La doctora Lang, horrorizada, cerró los ojos esperando lo peor...

Hubo un grito ronco, un golpe sordo. Ella abrió los ojos.

Sorprendida, descubrió a Alex Weddell caído en el suelo, al parecer inconsciente. De su mano había escapado el arma de rayos mortíferos. Yacía boca abajo, inmóvil.

—Cielos, mirad —habló Dobbs con voz ronca—. Parece fulminado. Cayó de repente, no entiendo qué le pasó...

Pero lo más asombroso estaba sucediendo ahora. Las ligaduras magnéticas de las que se había despojado Weddell para ajustar a las muñecas de Garko, se desprendían por sí solas de manos de éste, flotaban en el aire misteriosamente..., ¡y volaban hacia el caído, enroscándose en torno a sus muñecas como si estuvieran dotadas de vida!

—No, no es posible... —murmuró Kraft, estupefacto.

— ¿Qué..., qué está ocurriendo aquí? —jadeó Vel-da Lang sin dar crédito a sus ojos.

Yumbo, que las había seguido a ella y a Ilse desde la enfermería, estaba ladrando ahora con energía mientras miraba a alguien con expresión extraña, inquieta. Velda levantó los ojos, buscando a la persona a quien ladraba el animal.

—Comandante... —musitó—. ¿Qué..., qué le pasa, por el amor de Dios? ¿Qué tienen sus ojos?

Él se volvió a mirarle un momento. La doctora se estremeció. Todos los demás, incluida Ilse Kern, de cuyas manos acababa de arrancar Kraft el arma láser sin la menor resistencia por parte de la joven, contemplaban asimismo a Garko con expresión de auténtico estupor, de incredulidad incluso.

Garko permanecía quieto, erguido, rígido su cuello, tensa la piel de su rostro. Pero eran sus ojos los que tenían algo extraño. De sus pupilas, pese a ser de color gris oscuro, brotaba ahora una luz azul, fría, como si una mezcla de fuego y hielo brillara en el fondo de sus retinas. Nadie en la nave había visto jamás semejante mirada ni semejante resplandor en los ojos de su comandante.

Estaba contemplando fijamente al inerte Weddell, que no sólo seguía tendido boca abajo sino que no se movía lo más mínimo, como si estuviera muerto. El destello de su mirada se iba extinguiendo lentamente, como una luz que se apaga.

—Sáquenlo de aquí —ordenó fríamente.

— ¿Está..., está muerto? —preguntó con voz sorda Dobbs.

—No, no está muerto —negó Garko—. Sólo inconsciente. Y así permanecerá por un tiempo prudencial.

—Pero, ¿qué causó esa inconsciencia, señor? —indagó Kraft, mirando aprensivo a su jefe—. Usted ni siquiera lo tocó, nadie lo hizo. No se golpeó, no sufrió daño alguno.

—Es cierto, señor Kraft. Nadie le tocó —convino gravemente Garko—. No hacía falta, señores.

—No lo entiendo —murmuró la doctora—. Usted lo miró, comandante. Y eso bastó... Su mirada y nada más.

—Así es, doctora —Garko sonrió, volviéndose a ella, como si saliera de un estado de trance—. Yo me limité a desear que Weddell perdiera el conocimiento y volviera a estar sujeto por sus ligaduras magnéticas. Así ocurrió y es cuanto sé.

—Dios mío, pero entonces..., bastó su sola voluntad para conseguir lo que usted pensó, lo que deseaba...

—Sí —Garko apretó los labios, respirando con fuerza—. Es así. No me pregunte por qué, doctora. No me lo pregunte nadie. Pero, del mismo modo que sé que me bastó desear su desvanecimiento para conseguirlo..., sé que me hubiera bastado desear su muerte para que él muriera de inmediato.

En ese punto, la nave osciló de nuevo, con mayor violencia que nunca, lanzando aparatosamente a todos los tripulantes contra las paredes y los mandos. Los gritos y la confusión volvieron a reinar en la cabina de controles, mientras la luz azul de la pantalla panorámica-visual se hacía cegadora, y en las pantallas indicadoras aparecía en letras rojas, parpadeantes, la palabra fatídica:

« ¡IMPACTO!»

Una especie de torbellino exterior envolvió a la nave Alcatraz II, que empezó a dar tumbos en medio de una caótica espiral cósmica hecha de viento, luz y fuerza exterminadora.

Los astronautas golpeaban repetidamente los muros, rebotando sin cesar, en un bailoteo infernal. En la pantalla de radar espacial, la forma geométrica contactó con la trayectoria de la nave.

Hubo un crujido general, todas las luces se extinguieron a bordo, salvo el resplandor apocalíptico de aquella luminosidad azul llegada de remotos confines galácticos para su desastre…

5

Era como un enorme diamante flotando en el vacío.

Sobre el negro terciopelo de la noche sideral sin principio ni fin, una gema fabulosa, de ingentes proporciones, flotaba como en una joyería de dimensiones cósmicas, destellando todas sus incontables facetas cristalinas, azules y frías como paredes de hielo talladas por un coloso.

Era un efecto extraño, casi delirante, contemplar aquella forma geométrica perfecta, irisada, delante de sus ojos, inmóvil en el cielo.

— ¿Qué ha sucedido? ¿Qué significa esto?

Fueron las primeras palabras que pronunció Jonathan Kraft, segundo de abordo, al incorporarse, saliendo de su aturdimiento anterior, tras recibir varios golpes en cabeza y cuerpo cuando la nave perdió totalmente la estabilidad.

—No hemos chocado... ¡Hemos logrado parar el impacto! —Jadea Dobbs, poniéndose dificultosamente de rodillas, con un corte en su frente del qué goteaba sangre—. Cielos, no sé cómo pudieron resistir las pantallas deflectoras...

—No resistieron, Dobbs— fue la respuesta de Garko, mientras éste lograba ponerse en pie, tambaleante, y comprobaba los mandos y controles de la nave—. Ni siquiera llegaron a actuar. Este objeto se detuvo justo a tiempo, rozando el campo magnético de nuestro vehículo. De haber seguido adelante, ahora estaríamos pulverizados por completo. Además, estamos inmóviles, parados en el espacio, igual qué ese cuerpo.

Las miradas de todos se centraron en la gran pantalla panorámica. El diamante estelar parecía fascinarles.

Era como una joya.

Estaba allí, como suspendido de la nada, brillando resplandeciente en el vacío. Tan cerca qué parecía posible tocarlo. Su luz azul era radiante, esplendorosa.

—Es hermoso —murmuró Ilse Kern, fascinada—. Muy hermoso...

—Si fuese una gema, no existiría oro suficiente en todo el Universo para pagarlo —suspiró la doctora Lang, todavía aturdida—. Pero evidentemente, debe tratarse de algún asteroide, de un meteoro... o de una estrella de peculiar formación.

—Carbono, sin duda —comentó Kraft—. Pero viajando a velocidad infinitamente superior a la de la luz, hasta que algo lo detuvo justo a tiempo. Todo esto no tiene mucha lógica, ¿no?

—Nada la tiene desde hace un tiempo —señaló Dobbs—. Es como viajar por una región embrujada del espacio, donde los duendes y los encantamientos sean posibles.

—Es algo mucho más extraño que eso, señor Kraft —rectificó secamente Garko—. Creo que hemos llegado a un lugar del Universo donde los hombres y las mujeres están demasiado cerca de los dioses...

Y sin aclarar sus enigmáticas palabras, repitió la orden de llevarse fuera al inconsciente Weddell, que parecía seguir en coma profundo tras la inexplicable escena de poco antes.

Dobbs obedeció en silencio, mientras la doctora Lang, sin pronunciar palabra, contemplaba largamente al jefe de aquella expedición sin retorno.

***

Todo seguía igual.

El asteroide y ellos. Inmóviles en el espacio. Quietos, como clavados en el vacío. Los motores iónicos de la nave estaban paralizados misteriosamente. Pero tampoco el cuerpo espacial se movía lo más mínimo. Estaba allí, suspendido ante ellos, como por arte de magia, sin razón aparente para aquella inmovilidad absoluta.

—Me gustaría entender lo que está ocurriendo, comandante.

—Y a mí, doctora —confesó Garko, terminando su frugal comida en la bandeja de alimentos deshidratados que acababa de obtener del repartidor automático de comidas—. ¿Quiere tomar algo?

—No, gracias— suspiró ella, sentándose ante el comandante, en la mesa que éste utilizaba en su pequeña cabina individual—. ¿Le molesto acaso con mi visita? ,

—En absoluto —negó él—. ¿Qué desea saber?

—Tantas cosas... —Velda Lang se encogió de hombros—. Supongo que usted sabe a lo que me refiero.

—Claro que lo sé —apartó la bandeja, en la que aún quedaban algunas viandas en los pequeños platos de su almuerzo—. Sigue preguntándose qué pasó con Weddell, ¿verdad?

—Sí, comandante. Me lo pregunto. Y las respuestas que se me ocurren me resultan muy ilógicas.

— ¿Acaso se ha preguntado también lo que pasó para que Weddell se desprendiera de sus ligaduras y encontrase dos armas donde no las había? ¿Y por qué Shark pudo soltar sus correas de seguridad en la enfermería y atacarla a usted medio enloquecido?

—Sí, también. Y las respuestas tampoco me sirven demasiado, cuando puedo encontrarlas.

— ¿Qué espera que le diga yo, entonces?

—Cómo lo hizo.

— ¿Reducir a Weddell? Ya lo dije antes: simplemente, deseé hacerlo. Y resultó.

—Eso no tiene sentido. Nadie consigue algo simplemente deseándolo. Usted dijo que estaba seguro que, de haber deseado la muerte del preso, lo hubiera conseguido.

—Y es la verdad. Sé que es verdad, doctora.

—Sus ojos no me gustaron en ese momento, comandante. No eran normales. Nada en usted parecía normal.

—Es posible. Sentí una rara energía interior, una clarividencia mental como j amas había experimentado antes, creo que incluso llegué a sentir miedo de mí mismo, de lo que me sentía capaz de hacer con sólo proponérmelo.

— ¿Experimentó realmente esa sensación?

—Sí, doctora. Supe que era distinto. Y en ese momento me gustaba serlo.

—Siempre gusta sentirse superior. Sobre todo cuando uno es capaz de conseguir cosas que jamás soñó con tener en su mano.

—Posiblemente. Pero en ese momento sólo pensaba en evitar nuevos peligros a mi tripulación. Weddell iba a disparar, causando una tragedia irremediable.

—Estábamos a punto de chocar contra ese asteroide, comandante. ¿Cómo sabía usted que no íbamos a parecer en ese impacto, sin necesidad de ser asesinados por Weddell?

—Lo sabía, y eso basta. Ya le digo que mi clarividencia en ese momento era absoluta, diáfana.

—Su mente cambió por unos momentos. Fue capaz de cualquier cosa, imagino. Incluso de matar, usted lo dijo.

—Sí, creo que sí.

—Dios mío, eso es terrible. ¿Se imagina a seres humanos capaces de conseguir todo lo que su mente desea?

—Es lo que debió ocurrirles a Weddell ya Shark antes que a mí, doctora.

—Pero, ¿a qué atribuye semejante prodigio? Algo debió darle esa energía a su cerebro y al de ellos, comandante.

—En efecto, creo que algo influyó en todos nosotros de modo radical. Pero yo no sé qué pudo ser, doctora. Sólo conozco sus efectos, no su naturaleza:

— ¿Y no siente miedo de eso, sea lo sea?

—Un poco, lo admito —se estremeció levemente Garko—. Pienso en lo que puede ser un don semejante utilizado para el mal. Weddell es un ejemplo.,

—Y Shark otro. Pudo haberme matado de no ser por Ilse Kern.

—Lo sé. He premiado alise del modo más adecuado: no será encarcelada ni ligada como Weddell. No estará tampoco cerca de él. La mantendremos bajo nuestro control.

—Eso me alegra. Ilse es una buena chica, estoy segura. Pero no me ha respondido a lo que estaba diciendo: ¿por qué Shark también intentó usar su extraña energía para causar daño? Aunque sea un convencido de que el Nuevo Orden es válido y conveniente para la

Tierra, nunca ha sido un hombre peligroso ni agresivo.

—Usted es doctora, debe saber mejor que yo el motivo de sus reacciones, ¿no le parece? —sonrió Garko débilmente.

—Sí, he encontrado indicios de alteraciones neurológicas y psíquicas en él. El neuroanálisis revela cierto desequilibrio mental producido por la prolongada fiebre pero eso no basta. Tiene que haber algo más.

—Posiblemente no todos sabemos o queremos usar esa capacidad repentina con la misma intención, doctora. O tal vez la propia energía que nos brota de la mente en ese instante pueda influir en nuestra conducta, no sé.

La doctora le miró pensativa. Tabaleó con sus dedos sobre la mesa, profundamente preocupada. Por fin, habló con calma, acentuando mucho algunas palabras:

—Usted..., usted, comandante,, habló también de hombres..., y de dioses, ¿recuerda?.

Hubo un silencio. Garko apretó los labios. Ella creyó captar un cierto destello fugaz en el fondo de sus pupilas gris oscuro, tan distintas a las frías y azules que llamearon en el puente de mando poco antes.

—Sí —dijo pausado el comandante de la Alcatraz //—.Lo recuerdo muy bien.

Ella inquirió:

— ¿Qué quiso decir con eso, señor?

—No sé. Se me ocurrió que hemos llegado a zonas del espacio donde nada sabemos. Donde todo es posible. Incluso que estemos más cerca de fuerzas desconocidas y terribles, de energías que no son ajenas. De lo que los antiguos llamaban dioses, ¿por qué no?

—No creí que usted fuese pagano —sonrió ella—. Si acaso, ¿por qué no habló de un solo dios?

—Tal vez porque no pensé en ello. Se me ocurrió pensar en varios dioses. En seres mitológicos y todopoderosos, acaso reinando en remotas galaxias y confines extraños al hombre.

—Un síndrome de divinidad...

— ¿Qué? —Garko la miró con cierta extrañeza, sorprendido por sus palabras.

—He dicho «un síndrome de divinidad» —repitió ella, mirándole a su vez fríamente.

—Sí, lo oí —Garko humedeció sus labios, algo inquieto—. ¿Por qué dijo eso?

—Pensé en ello. Usted me lo sugiere con sus palabras, comandante. ¿Tal vez ha pensado que usted mismo, durante unos momentos..., pudo ser un dios?

—Yo no he dicho eso.

—Pues yo tal vez sí —la joven doctora se inclinó hacia su interlocutor—. Comandante, si usted pudo matar a ese hombre de haberlo querido, es que tenía fuerza suficiente para quitar la vida con desearlo sólo. Si Weddell se despojó, de sus ligaduras magnéticas y encontró armas inexistentes por su sola voluntad, es que una energía superior permitía no sólo que se deshiciera de lo que estorbaba, sino que podía crear algo que no existía: las armas láser. Y si Shark se soltó de sus ataduras sin poder desprenderlas como era razonable y me atacó con una dosis letal de ultragital, que yo ni siquiera recordaba poseer en tal cantidad en mi botiquín, es porque pudo fabricar ese veneno con sólo desearlo. Todo eso, comandante, convertiría a ustedes tres en seres superiores. En hombres capaces de destruir o de crear. De matar…, o de dar vida quizá. Y eso…, eso sólo lo pueden hacer los dioses, según su propia teoría.

— ¿Sugiere que estamos mostrando síntomas de ser mitad hombres, mitad dioses? —sonrió burlonamente Garko.

La doctora afirmó con un movimiento enérgico de cabeza.

—Sí, comandante —dijo—. Eso es, justamente, lo que trato de decirle.

—En ese caso, doctora… —Garko eligió cuidadosamente las palabras tras una larga pausa, mientras su rostro se ensombrecía—. En ese caso, solo haría falta una prueba decisiva para saber si usted está en lo cierto, para comprobar si, por la razón que sea, uno es aún un ser humano…, o empieza a ser algo parecido a un dios, con poder sobre la vida y sobre la muerte.

— ¿Qué prueba sería esa, comandante?

—Crear vida.

Velda Lang se estremeció. Se puso en pie, mirando inquieta al hombre que regía los destinos de la nave prisión.

—Espero…, espero que nunca piense en llevar eso a cabo, comandante —musitó—. Los hombres no han nacido para ser dioses. No se debe ir demasiado lejos. De su cordura y buen juicio como comandante de esta nave, señor, espero que eso jamás sea realidad. ¡Jamás!… Buenas tardes, comandante. Y perdone por la molestia.

Salió de la cabina. Garko, puesto en pie, inclinó su cabeza en despedida cortés. Ella cerró tras de sí, deteniéndose angustiada, pegada al muro del metálico corredor que conducía a la sala de recreos de a bordo.

—Dios mío… —murmuró, pasándose una mano fría por la frente —. Hombres…, dioses… ¿Qué locura.es ésta?

Y siguió adelante, con paso bastante inseguro.

6

No podía dormir.

Y no sólo porque aquella maldita forma luminosa, fría y azul, permaneciera suspendida, enigmáticamente silenciosa y quieta, delante de sus ojos durante todas las horas de la jornada cotidiana a bordo, adaptada por simple hábito humano al horario de costumbre en los días y noches terrestres, aunque en el vacío, y lejos de su mundo, ni días ni noches existían, puesto que el cielo tenía siempre la misma negrura y mostraba los mismos soles y estrellas lejanas, en una noche sin principio ni final.

Sudoroso, agitado, Garko se incorporó de su litera, contemplando la pantalla de televisión donde le era dado contemplar la misma imagen de la pantalla panorámica en el puente de mando de la Alcatraz II.

—Ahí, sigues, maldito...— jadeó, estrujando los puños con rabia —. ¿Qué eres, qué significas, qué escondes tras esa helada superficie vidriosa? ¿Qué extraño influjo se ha introducido en esta nave, para convertirnos en seres distintos, capaces de destruir con nuestra sola voluntad?

El enorme diamante estelar no daba respuestas. Era un arcano, una especie de esfinge geométrica suspendida del vacío cósmico delante mismo de sus narices, a escasa distancia de la nave inmovilizada en el espacio.

Garko sabía que los motores de a bordo no sufrían avería conocida alguna. Combustible, mecanismo y sistemas de propulsión estaban correctos, según la computadora. Pero todo intentó de reanudar la marcha era inútil. Los mandos no respondían.

Allá, en la remota distancia, la mancha violácea de la desconocida Nebulosa K-1007, como él la bautizara al verla por primera vez, era como otro mudo testigo de su insólita situación en el vacío.

Se dejó caer en el borde de su litera. Sus ojos tropezaron con ella.

Ella...

—Kira, vida mía... —murmuró Garko, contemplando la fotografía estereoscópica de su esposa, sujeta al muro, como único recuerdo del pasado, de su vida en la Tierra, de su época de felicidad junto a la mujer amada.

Kira, con su cabello negro, sus grandes ojos dulces y negros y su tez bronceada, le sonreía desde lo imposible, desde aquella imagen que traía a su mente el recuerdo de otros tiempos.

Todo eso era algo perdido para siempre. Debía resignarse. Se había resignado ya, de hecho, desde el día en que fue condenado a destierro perpetuo por el delito de sedición contra el Nuevo Orden.

Tuvo que dejar a su esposa en la Tierra para siempre. La podía recordar en el último momento en que se vieron. Ella lloraba, mirándole tierna, profundamente, desde la distancia. Agitó su mano emocionada y le dijo adiós. Un adiós para lo eterno. Sabían ambos muy bien que no se volverían a ver jamás.

—Kira, Kira… —gimió Garko en la soledad de su cabina, hundiendo la cabeza entre ambas manos—. ¿Por qué tuvo que ocurrir esto?

Permaneció quieto, sumido en sus amargos pensamientos durante unos minutos. Allá,, en la pantalla, sobre su cabeza, la forma diamantina parecía un enorme ojo poliédrico, contemplándole desde una dimensión desconocida. Su vago resplandor azulado bañaba la cabina de claridad lívida!

Garko encajó sus mandíbulas, sintió rabia, odio, impotencia. Hubiera deseado poder volver a la Tierra, abrazar a su joven y adorada esposa, sentirla de nuevo cerca de él…

—Oh, ¿por qué, por qué? —repitió hablando consigo mismo, trémulo y exaltado—. ¿Por qué tuviste que quedarte allí para siempre, tan lejos de mí, ¿ira? Si al menos me fuera posible volver… O mejor aún, si tú estuvieras ahora aquí, a mi lado… Kira, amor mío, ¿por qué no has de encontrarte junto a mí en estos momentos, ser de nuevo mi compañera para todo el futuro, hasta el fin de nuestras vidas?

Jamás había deseado algo con tanto fuerza. Pero sabía que era imposible, que era soñar con lo inalcanzable…

—Lex, querido… Estoy aquí.

Lex Garko, comandante de la nave Alcatraz II, se estremeció. Por un momento había llegado a pensar que oía la voz de Kira, tan grande era su deseo de oírla de nuevo, dulce y profunda, melosa y tierna, llamándole por su nombre, como ella siempre lo había hecho.

—Dios mío, qué locura… —musitó entre dientes, sin alzar la cabeza—. No debo pensar más en todo eso. Me prometí a mí mismo no hacerlo, dominarme, superar todo lo imaginable, ser fuerte…

—Lex, mi vida… ¿No vas a mirarme siquiera? Estoy a tu lado, amor…

Aquella voz… Garko tembló de pies a cabeza. Una sensación de vértigo le acometió. Abrió los ojos, separó sus manos del rostro, levantó poco a poco la cabeza, convencido de que soñaba despierto, de que su imaginación le jugaba una mala pasada al haber creído oír de nuevo la voz amada..

El grito ronco escapó de su garganta. Incrédulo, contempló aquella figura a su lado, aquel cuerpo esbelto, armonioso, aquella faz suave y hermosa, aquella melena negra como la noche, como los ojos color azabache…

— ¡Kira! —gritó, despavorido, poniéndose en pie de un salto:—.

¡Eres tú!

—Sí, Lex, soy yo —sonrió ella dulcemente—. Soy tu Kira. Al fin juntos de nuevo; amor mío…

Y su esposa, su propia esposa lejana, en carne y hueso, le rodeó con sus brazos amorosamente, besó sus labios de la forma apasionada y tierna con que ella acostumbraba a hacerlo.

7

La doctora Lang inyectó a Shark con lentitud. Luego se apartó, con un suspiro, dejando sobre una mesa la jeringuilla eléctrica. Contempló al paciente, que reposaba aún bajo el efecto de los sedantes. Era el segundo a quien realizaba aquella sencilla operación para mantenerlo en estado de inconsciencia. Antes había sido Alex Weddell, en su celda de seguridad del nivel inferior de la nave quien recibiera el fármaco por vía intravenosa, para permanecer aletargado.

Aquella medida de precaución resultaba inevitable. No podían fiarse de uno ni de otro. La peligrosidad criminal de Weddell y la violencia desacostumbrada del oficial Shark, a causa de sus trastornos psíquicos por motivos desconocidos, era preciso mantenerlas a raya por el momento. Ya había suficientes problemas a bordo para aumentarlos con una preocupación más. ,

—Espero que todo vaya bien, amigo mío —habló a Yumbo, que caminaba alegremente a su lado, como si el pequeño animal pudiera entenderla—. Tú y yo hemos visto bien de lo que es capaz Shark cuando está consciente y se libera.

El perro, como si pareciera entenderla, ladró agudamente por dos veces, meneando su breve cola de forma graciosa. Ella le sonrió, acariciándole con suavidad.

—A veces vale más ser un irracional, créeme —suspiró—. De ese modo, uno no se pone a jugar a ser un dios, Yumbo. Lo malo de los humanos es que si tenemos ocasión, queremos convertirnos en un ser superior. Y eso es peligroso. Entre otras cosas, porque dudo que sirvamos para ello.

Comprobó el gráfico del estado clínico de Shark en la pantalla sensora médica, y se tranquilizó por completo. Las constantes vitales eran normales, su situación psíquica estabilizada gracias a los fármacos, y al estado físico correcto.

Salió de la enfermería seguida siempre por su amistoso camarada perruno, en dirección al puente de mando, al que sin duda habría llegado ya el comandante Garko, dado que era la hora del relevo. Así debía de ser, porque se encontró con Kraft saliendo de la cámara de controles con gesto cansado. Pero más que expresión de sueño o fatiga, captó la doctora uña nota de profunda perplejidad en su rostro.

—Buenos días —saludó ella, con aquella forma convencional que tenían de dividir su tiempo en fechas con días y noches, según el horario terrestre, pese a no existir tal diferencia en las zonas espaciales por donde ellos viajaban ahora—. ¿Todo en orden?

—Buenos días, doctora —respondió Kraft. Se detuvo ante la máquina extractara de bebidas calientes, se sirvió un café y luego

meneó la cabeza con , desconcierto—. No lo entiendo. No puedo entenderlo.

— ¿Qué es lo que no entiende? —sonrió ella—. ¿Algún nuevo hecho relacionado con ese hermoso diamante que flota en el vacío?

—No, no. Algo mucho más increíble, doctora —manifestó Kraft tomando un sorbo de café y clavando sus ojos en ella—. Supongo que usted habrá oído hablar de la esposa del comandante.

— ¿Kira Garko? —La doctora asintió, enarcando las cejas—. Claro. Se quedó en la Tierra. Como mis hermanos, como su familia, supongo. ¿Qué tiene eso que ver ahora? Todos hemos procurado olvidar, adaptamos a las circunstancias, por duras que sean.

—Ha ocurrido algo fantástico. No puedo entenderlo todavía. Ni quizá lo entienda nunca.

—Me preocupa usted, Kraft. ¿De qué se trata?

—De Kira Garko, precisamente —murmuró el segundo piloto de la nave—. Está aquí.

Velda Lang había comenzado a servirse también un café. Se le cayó de la mano el vaso encerado, derramando el líquido por el suelo. Miró estupefacta a Kraft.

—Bromea, claro —dijo.

—Ni pensarlo, doctora —rechazó él meneando la cabeza—. Es demasiado serio para bromear. Ella ha venido. No me pregunte cómo," pero lo ha hecho. Acabo de verla salir de la cabina del comandante, en compañía de éste. Tan amorosos como lo eran en la Tierra, cogidos de la mano, mirándose a los ojos, enamorados...

Velda Lang sintió un encogimiento en su pecho. Eran muchas las veces que había querido convencerse a sí misma de que Garko no pensaba ya en su mujer, que su recuerdo comenzaba a borrarse de su mente poco a poco, obligado por las circunstancias de su vida actual, desterrado para siempre de la Tierra. Tenía sus motivos para desearlo así. Sentía algo profundo y especial por el comandante. Algo más que simpatía, respeto o afecto de camarada. Nunca se lo había confesado. Ni revelado a nadie. Pero tenía que admitir que era así, al menos en su fuero interno.

Por eso se sentía relativamente feliz al ver cómo la mente de Garko iba torturándose cada vez menos con el recuerdo del ser querido obligado a quedarse en la Tierra mientras él emprendía aquel viaje sin retorno.

A lo largo de tres años, esa sensación había ido paulatinamente en aumento. Sabía que él no podía olvidar, así como si ella no hubiera existido nunca, como si no tuviera un pasado. No la había borrado de su memoria porque eso era imposible, pero se había resignado, cuando menos, a la dolorosa idea de no verla nunca más.

Y ahora, de repente...

Se sirvió otro café. Le temblaba la mano. Kraft parecía ausente.

—Kira en la nave...— Velda habló lentamente—. Es..., es imposible.

—Lo sé. Pero es así. La conozco bien. Es ella.

— ¿Ha hablado con ella acaso?

—Sólo hemos cruzado un saludo. Estaba demasiado aturdido para otra cosa, la verdad. Es su voz de siempre. Se la ve radiante. Y a él tan feliz... Dios mío, doctora, dígame que no nos estamos volviendo todos locos. ¿Cómo ha podido Kira llegar hasta aquí? Acaso ha viajado de polizón en la Alcatraz II durante tres años sin saberlo ninguno de nosotros. Sería la única explicación lógica.

—Que, paradójicamente, sería ilógica. Ambos sabemos que nadie viajaba a bordo en condición de polizón. Las cantidades de alimentos están racionadas, todo bajo control estricto en esta nave. Nunca hubo aquí más que nosotros siete y el perro Yumbo.

— ¿Entonces? Dígame cómo ha sido posible que la señora Garko aparezca de súbito a bordo, como si tal cosa.

—Me temo que tengo una respuesta para eso, Kraft. Una respuesta que me aterra.

El segundo de a bordo la miró desconcertado. Se sirvió otro café.

— ¿A qué se refiere? —indagó.

—Al síndrome de divinidad.

— ¿A... qué?

—Algunos de nosotros se creen dioses, Kraft. Y lo malo es que tienen algo de eso. Pueden alterar la materia a voluntad. Pueden conseguir cosas con sólo desearlo. Pueden incluso matar. Pero ignoraba que también pudieran dar vida, crear, en suma.

—Dar vida... Crear... Dioses... Eso no tiene sentido, doctora!

—Tiene más del que imaginamos. Por alguna razón que ignoro, el extraño fenómeno afecta solamente a tres viajeros de esta nave: Weddell, Shark y el comandante. A dos los tenemos bajo control, sometidos a sedantes, en la inconsciencia, que es la única forma de evitar que utilicen su mente para hacer lo que desean. Pero no podemos hacer lo mismo con el comandante. Entre otras razones porque hasta ahora su voluntad no es agresiva, no trata de dañara nadie.

— ¿Quiere decir que él..., él pudo traer hasta aquí a su esposa, sólo con desearlo, como si fuese realmente un dios? —tartamudeó Kraft alucinado.

—Algo parecido, sí. ¿De qué otro modo se podría explicar la aparición de Kira Garko a bordo de la Alcatraz II? Vaya a descansar, Kraft, le hace falta. Yo iré a saludar a la recién llegada.

— ¿Cree que voy a poder conciliar el sueño después de esto? —se lamentó el segundo piloto, encaminándose por el corredor a su propia

cabina personal.

Velda Lang llegó al puente de mando. Dobbs y Garko estaban en él, manejando los mandos, aunque la nave permanecía inmóvil en el vacío, según marcaban los indicadores electrónicos de vuelo. Allá, en la pantalla, siempre inmóvil y enigmática, la forma geométrica de facetas cristalinas seguía brillando como la más enorme gema del Universo.

Miró a un lado. Se estremeció. Kira Garko curioseaba en las pantallas electrónicas. Su figura esbelta, arrogante, paseaba por entre los controles con familiaridad, con natural indiferencia. El oscuro cabello brillaba. Sus bellas piernas seguían siendo largas y estilizadas. Vestía un traje ceñido, azul, de falda corta, como podía haber vestido en Nueva York en cualquier momento, antes de ser enviado su esposo a aquel destierro cósmico.

—Buenos días —saludó fríamente la doctora—. Veo que hay grandes novedades a bordo, comandante.

Garko se volvió a ella. Sonreía. Sus ojos se mostraban radiantes. La felicidad emanaba de toda su persona.

—Oh, doctora, ¿ya lo sabe? —habló—. Vea, usted la conocía, ¿verdad?

Los ojos pensativos de la doctora se clavaban en la mujer. Ella había girado la cabeza. Miraba ahora fijamente a Velda Lang con una suave sonrisa.

—Vaya, querida amiga —dijo Kira avanzando hacia ella—. Me alegra verla de nuevo. Sigue tan hermosa como siempre.

La rodeó con sus brazos y la besó. Velda oprimió a aquella mujer devolviéndole el cordial saludo. El tacto de su piel, la tersura de su cuerpo, su solidez real… Se quedó desconcertada. Kira Garko no tenía nada de espejismo. Era real, tremendamente real, aunque ello pareciera imposible.

—Señora Garko… —susurró—. Es un placer verla aquí.

— ¿Sorprendida, doctora? —rió jovialmente Garko.

Ella le miró un instante. Luego afirmó.

—Claro —dijo—. ¿Cómo quiere que esté, comandante?

—Se lo dije. Basta desear algo con fuerza. Es como un viejo cuento de hadas. Sólo que esto es auténtico, ocurre de verdad.

—Ya lo veo, señor, ¿no cree que es demasiado peligroso ejercitar esa facultad cuyos límites usted mismo desconoce?

— ¿Por qué motivo, doctora? —Suspiró Garko, rodeando con un brazo amoroso los hombros de su mujer, que le sonrió con ternura—. He conseguido lo mejor del mundo: traer a mi esposa aquí, tener a mi ser más querido al lado. Eso lo justifica todo. Me gusta sentirme capaz de conseguir cuanto deseo. Ahora no creo que necesite más en mi vida.

—Querido, eso no es lo que me dijiste —terció su mujer con tono suave—. Hemos hablado de volver a la Tierra…

—Muy cierto —asintió él vivamente—., Volveremos. Te lo he prometido y lo cumpliré,

— ¿Volver? ¿Para qué? ¿Cómo? —Dudó la doctora Lang—. Esta nave no está autorizada a regresar. Sería destruida apenas se aproximase a la órbita terrestre por las fuerzas de seguridad espaciales del Nuevo Orden, usted lo sabe. Y ella debe saberlo.

—Mi querida amiga, eso ya no puede ocurrir —sonrió Kira—. El Nuevo Orden se ha derrumbado. Hubo una revolución general. Ganamos nuestra libertad. El mundo ha cambiado, vuelve a ser el de siempre. Todos podemos volver, seremos bien recibidos allí.

—Ésa sí que es noticia —suspiró Velda—. Pero de todos modos, tal vez sea técnicamente imposible el retorno, ¿no, comandante?

— ¿Imposible? Nada de eso —sonrió Garko—. Recuerde mis facultades actuales, doctora. Me basta con desear el retorno. Me concentraré para eso. Volveremos en breve a la Tierra. Tal vez hoy mismo.

— ¿Sin averiguar lo que sucede a bordo, sin saber qué significa ese asteroide cristalino ni descubrir el motivo de su extraño poder, comandante?

—Eso carece de importancia. Lo que realmente cuenta es que puedo hacer cuanto deseo, doctora. Algo que jamás hombre alguno consiguió. Si ese poder me faculta para el retorno a nuestro mundo, bendito sea. Como ha servido para reunirme con mi ser más querido.

Velda se mordió el labio inferior, asintiendo. Miró a ambos. Vio cómo se besaban amorosamente en los labios. Dominó un sentimiento profundo de celos, de rencor hacia aquella mujer llegada como por arte de magia a bordo de la Alcatraz II, y salió de la cámara de mandos con una breve disculpa.

Se encerró en su propia cabina, la cabeza entre las manos, aturdida y trémula.

—Dios mío, Dios mío… —murmuró—. ¿Qué está ocurriendo aquí? No me gusta, no me gusta nada el cariz que toma todo. Temo algo, estoy asustada… y ni siquiera sé por qué. El comandante no parece dañar a nadie con lo que hace, pero sigo pensando que es malo que posea ese poder. No veo claro lo que puede suceder, no sé adónde vamos a ir a parar con todo esto, pero tengo miedo… ¡Tengo miedo!

8

Kraft besó a Ilse Kern. Ella le devolvió el beso.

—Jonathan... ¿Qué sucederá si se enteran de esto? —musitó ella.

El segundo piloto sonrió, volviendo a besarla. Miró aquella especie de luna cristalina, azul y deslumbrante, que brillaba en las pantallas externas de toda la nave. Era el más extraño y misterioso claro de luna j amas vivido por una pareja enamorada. Pero a ellos no parecía importarles demasiado.

—Te quiero, Ilse —murmuró el segundo piloto—. Y eso nadie puede impedirlo. El comandante ahora es feliz. Tiene a su esposa aquí, no piensa en otra cosa que en ella. Yo, en cambio, he olvidado a mi novia en la Tierra. Siento algo profundo por ti. Soy libre de sentir lo que sea, ¿no?

—No deberías enamorarte de una convicta... —suspiró ella, apoyando su cabeza platinada en el pecho del joven.

— ¿Por qué no? Eres una buena chica. Y yo te quiero, que es lo que importa. Cuando Lleguemos a algún mundo habitable, tal vez podamos iniciar una nueva existencia lejos de la Tierra. Entonces, tú y yo seremos una pareja feliz, construyendo un hogar feliz lejos de nuestro mundo.

—Eso suena hermoso, Kraft. Pero resulta tan difícil de imaginar. Es posible que nunca aparezca ese mundo ideal que tú mencionas. Y estemos condenados realmente a vagar por el Universo durante el resto de nuestras vidas, a bordo de esta nave odiosa.

—No, Ilse. Tengo la esperanza de que no siempre será igual. Es un presentimiento, sólo eso. Pero hay que tener fe, confiar en que un día se hará realidad, tal vez no tardando mucho.

—Casi logras darme confianza al hablar así, Jonathan. Te quiero, te quiero tanto, soy tan feliz...

Se abrazaron nuevamente.

Los gruñidos les hicieron separarse y volver la cabeza. Yumbo estaba ante ellos, deambulando por el corredor del nivel central, su mirada inquieta fija en la pantalla donde asomaba la forma poliédrica del misterioso asteroide. Ladró luego, alejándose con el rabo entre las piernas.

Kraft sonrió, moviendo la cabeza.

—Pobre animal —murmuró—. Está alterado, inquieto por algo. Creo que no le gusta nada ese hermoso pedrusco colgado del cielo.

—A mí tampoco, Jonathan —confesó ella—. Desde que apareció, ocurren cosas extrañas a bordo. Weddell y Shark tienen que estar inconscientes, el comandante recibe de pronto a su esposa, llegada de la Tierra a través de millones y millones de millas de espacio..., y

Yumbo tiene miedo de algo. ¿No has notado a veces que parece existir a bordo una presencia maligna?

—No, la verdad. Pero te confieso que cuando vi aparecer a Garko con su esposa me quedé helado. Es el mayor prodigio que vi jamás. Según la doctora, puede ser un síndrome dé divinidad.

— ¿Y eso qué es? —se sorprendió Ilse.

—Un síntoma de superioridad o algo así. El hombre que se cree un dios y juega a serlo.

— ¿Es eso el comandante Garko?

—Al menos lo parece. Pero por fortuna, él no es agresivo ni peligroso como Shark o Weddell. Se ha limitado a desear la llegada de su mujer. Ahora creo que desea volver á la Tierra.

—La Tierra... —se estremeció Ilse Kern—. No me gustaría volver allí, Jonathan. Sabes lo que nos espera a todos en ella. El cautiverio, peor aún que en esta nave. O quizá la muerte por rebeldía si regresamos alguna vez contraviniendo las leyes del destierro y la prisión espacial.

—Dice la señora Garko que ya no son así las cosas. Que todo tía cambiado en nuestro viejo mundo, querida.

—Me gustaría creerlo. Pero no puedo.

—Dejemos eso, cariño —la rodeó con sus brazos amorosamente—. Ilse, té amo...

—Oh, Jonathan, mi vida... —susurró ella, dejándose rodear por aquellos fuertes brazos.

Yumbo se había detenido algo más lejos, mirando hacia el poliedro cósmico con cara de pocos amigos, gruñendo entre dientes. En ese momento, la forma espacial destelló con más intensidad. Un chispazo de luz reflejada por sus facetas cristalinas hirió los ojos del animal.

Ése emitió un apagado aullido y escapó a todo correr. Pero en sus ojillos, por unos instantes, hubo una extraña luz, un fuego azul, frío y profundo, de rara inteligencia. Pero nadie a bordo pudo advertir tan extraño fenómeno en el simpático animalito...

***

La doctora Lang volvió a entrar en la enfermería. Acababa de hacer otra visita á Weddell en su celda, comprobando que todo estaba en orden y que el convicto descansaba bajo la acción de los sedantes. Eso siempre era tranquilizador, aunque ella sabía que no podía mantener eternamente al preso sometido a la inconsciencia actual. Le había aplicado también una dosis de suero, pero eso no era suficiente. Resultaba inhumano mantener a una persona reducida a la condición de vegetal.

Sin embargo, el peligro de que Alex Weddell despertase y pudiera desear alguna cosa que le liberase e hiciera dueño de la nave era algo

que exigía aquellas medidas por el momento, a la espera de que los extraños síntomas de poder sobrenatural se extinguiesen de alguna forma o el síndrome pudiera ser controlado.

Cuando se aproximó al yacente Shark, sus ojos comprobaron en la pantalla indicadora que el estado clínico seguía siendo perfecto. Miró su reloj. Pronto el sedante dejaría de hacer su efecto en Shark, de modo que era preciso aplicarle otra inyección para mantenerlo así, lo mismo que a Weddell, dada su inexplicable agresividad anterior.

Se acercó al botiquín, tomó una jeringuilla eléctrica y una dosis de fuerte sedante, con la que llenó el recipiente, regresando junto a Shark.

Alzó su brazo para inyectarle en la vena directamente. Lanzó una exclamación de horror y retrocedió, asombrada.

La piel de Shark era ahora azul, cristalina, como cubierta de escarcha.

Toco el brazo, dominando su sorpresa. Era duro, frío, diamantino. Aquello no parecía piel ni carne humana. Subió más la manga. Incluso los fuertes bíceps del oficial mostraban la misma coloración azul, el mismo aspecto vidrioso, como una superficie de cristal.

Demudada, le desabrochó la guerrera. Retrocedió de nuevo, estupefacta, llena de horror.

Todo el cuerpo de Shark era igual: azul, duro, gélido. Como si estuviera tallado en diamante. Sólo su rostro mostraba un aspecto normal, aunque visto de cerca también era perceptible en sus pómulos y labios un leve matiz azulado.

—Dios mío… ¿A qué se debe esta mutación? Weddell no tenía la piel así.

Trató de averiguar lo que sucedía, dejando la jeringuilla sobre un soporte cercano. Aplicó un sensor a la piel endurecida de su paciente y lo activó.

Había vida tras aquella capa coriácea; ciertamente; La sangre circulaba con normalidad, sus constantes vitales eran correctas y su estado físico normal. Sin embargo, aquella epidermis rocosa, dura como el diamante y tan cristalina corrió él, la tenía alucinada.

—Es una mutación biológica, ciertamente —susurró—. Pero ¿de qué naturaleza? ¿Qué ha provocado tan horrible fenómeno?

Se inclinó, examinando con más atención al paciente.

Y de pronto, éste abrió sus ojos.

Velda Lang gritó. Los párpados de Shark estaban abiertos ya.

Contempló los ojos más fantásticos y horribles que hubiese podido imaginar. Eran como la propia forma del asteroide situado fuera. Redondos, vidriosos, centelleantes, de un azul glacial… y faceteados. Dos ojos como dos enormes diamantes, sin pupilas, convertidos ambos en dos globos oculares poliédricos, extraños y fríos, fulgurando al

fijarse en ella.

—Doctora... —jadeó la voz de Shark, dura e irreconocible—. Doctora, no debe tenerme así, reducido a este estado... No permitiré que lo haga...

Había un latente tono de amenaza en aquella voz ominosa. Ella, rápida, corrió a por la jeringuilla para aplicar de inmediato la inyección al paciente. Pero esta vez, él fue mucho más rápido.

Se arrancó de un simple tirón las correas de seguridad. Derribó el depósito de suero que le alimentaba en su inconsciencia y saltó del lecho, con energías insospechadas.

Aun así, Velda tuvo la serenidad suficiente para intentar inyectarle. Fue una empresa inútil. La aguja, al clavarse en su piel endurecida, se quebró, sin llegar a inyectar una sola gota del sedante en las venas de Shark. La jeringuilla rodó por el suelo, mientras la doctora gritaba, apartándose rápidamente del agresivo oficial, que se dirigía ya hacia ella con una expresión estremecedora en sus ojos diamantinos.

—No, no, Shark... —gimió ella—. Soy su amiga, recuérdelo. Nadie le desea ningún mal a bordo. Es sólo que está enfermo, contaminado por algo que afecta a su cerebro, a sus nervios... Se ha vuelto agresivo, peligroso, y hay que reducirle a la espera de que todo eso pase... Shark, no haga locuras... Soy su doctora, su amiga... Soy Velda Lang no le deseo mal alguno...

—Usted..., usted me tiene reducido a un simple estado vegetal... No desea verme vivo, ¿verdad, doctora? Desea destruirme, acabar conmigo. Porque me teme... ¡Todos me temen! ¿Y sabe por qué? Porque tengo poder..., ¡mucho poder! Yo soy más que un hombre! ¡Soy un dios, un auténtico dios! Debo destruirla, doctora Lang..., y la destruiré ahora mismo... Me basta desearlo así... Desear destruirla de una vez por todas... Luego haré lo mismo con los demás habitantes de este vehículo...

Aterrada, Velda comprendió que a su adversario le bastaba ahora con mirarla con aquellos terribles ojos suyos y desear su destrucción para conseguirlo. No necesitaba ni siquiera tocarla. Sólo mirarla, desear, pensar...

Se encogió, esperando lo inevitable, mientras él se erguía en medio de la sala, sin desviar sus ojos de ella, alzando sus brazos para señalarla, acaso para dirigirle su nefasto y terrorífico poder...

El grito ronco en la entrada de la enfermería atrajo de inmediato su atención.

— ¡Shark! ¿Qué locuras dices? ¡No eres ningún dios! ¡Yo soy aquí el único dios, el ser que todo lo puede, que es capaz de destruirlo, de crear, de dar la vida o al muerte, a su antojo!

El oficial se volvió en redondo, olvidándose de la doctora. Miró al

recién llegado con un destello de sus pupilas faceteadas. Pero se tropezó con otros ojos iguales, fríos y azules, con pupilas como talladas en duro cristal.

También el comandante Garko tenía sus ojos como Shark. Y sus manos, a la vista de la doctora, eran ahora azules, duras, pétreas, relucientes.

La horrible mutación también se estaba produciendo en el comandante. Ahora ambos hombres,: jefe y subordinado, eran iguales. Era como el enfrentamiento de dos monstruos, de dos seres superiores, dispuestos a destruirse mutuamente en un duelo mortal.

—No, por Dios, no —gimió implorante la doctora—. No se destruyan, no sean tan locos los dos...

Era inútil. Nadie podía evitarlo.

Los dos hombres..., o acaso los dos dioses..., se acercaban el uno al otro, se miraban, sin necesidad de tocarse siquiera. .

Sus ojos, sus mentes, eran sus poderes en ese momento. El enfrentamiento era cruento aunque silencioso. Sus fuerzas ocultas, su extraña energía actual, escapaba por aquellas miradas agresivas como espadas.

Chocaron sus destellos azules igual que aceros en el aire.

Velda gritó al sentir un frío penetrante en toda la sala.

Los dos hombres de piel azul y cristalina estaban frente a frente.

Hubo como un repentino estallido, una luz cegadora que lo invadió todo, con un tono entre azul y blanquecido, capaz de deslumbrar a cualquiera. La estancia toda comenzó a dar vueltas, la nave pareció despedazarse y saltar hecha añicos en medio del oscuro y profundo vacío estelar. Todo giró en torno a Velda, que se sintió sumida en una especie de vorágine luminosa sin principio ni final.

Luego, mientras tenía la noción concreta de que estaba gritando sin cesar, su cuerpo flotó en la nada, pareció hacerse mil pedazos también en un caos de destrucción y apocalipsis.

Y dejó de sentir, de pensar, de ser.

9

Esto era el despertar, sin duda alguna.

Un extraño despertar en algún lugar más extraño todavía. Porque si de algo podía estar segura apenas abrió los ojos, era de que ya no estaba a bordo de la Alcatraz II.

Parpadeó, deslumbrada. Sentía su cuerpo rígido, aunque liviano. Parecía flotar en algo, acaso en un vacío total. Pero respiraba. Sentía palpitar la vida en su cuerpo, en sus venas, en sus nervios, en todo su ser.

Le envolvía Un resplandor azul pálido, suave como un claro de luna. Pero había aprendido a odiar la luz azul. Se estremeció, sintiendo palpitar con más fuerza su corazón.

Recordó. ; Recordó detalle a detalle todo lo que sucediera hasta su pérdida total de conocimiento: Shark y su piel vidriosa, sus ojos poliédricos... El comandante Garko y sus manos diamantinas, sus ojos también cristalinos e inhumanos. El choque de ambos, el enfrentamiento de dos hombres que se creían dioses. Y tal vez lo eran.

Y luego, al caos.

La vorágine, la confusión, la nada.

¿Y ahora?

Trató de incorporarse. De moverse. No pudo. Sólo podía parpadear. Y pensar, claro. Pero nada de actividades físicas distintas al movimiento de párpados.

— ¿Qué ha ocurrido realmente? —pensó—. ¿Dónde estoy ahora?

Trató de razonar con lucidez, mantener la sangre fría pese a todo. Miró en torno con cuidado.

Los muros que la rodeaban eran como facetas de un diamante, vistas desde dentro, como si ella estuviese incrustada en el interior mismo de ese diamante. Muros, suelos y techos eran paredes octogonales de vidrio transparente. La rodeaban por doquier. Era como permanecer prisionera en una misteriosa colmena. Sólo que en vez de celdillas, había paredes, paredes y paredes en un juego de facetas enloquecedor.

Más allá de eso, no vio nada. Era como una multiplicación hasta el infinito de todos aquellos espejos vidriosos, de matiz azul. Un laberinto sin principio ni final, hecho de formas geométricas.

Respiró hondo. Se sentía bien, relajada. Tal vez bajo el efecto de algún sedante o de algún influjo adormecedor, pensó. Una ojeada en torno suyo le probó lo que ya pensaba: estaba sola. Ni rastro de sus camaradas de viaje espacial. Nadie.

Advirtió que flotaba realmente en el interior de una urna de vidrio; hecha también de formas geométricas, suspendida en una

cámara poliédrica. Era como permanecer en suspensión animada, inmóvil en un vacío que no era tal. Podía respirar perfectamente, el oxígeno no faltaba allí.

Trató de hablar en voz alta. No brotó sonido alguno de su garganta. No pudo mover los labios ni activar sus cuerdas vocales. Eso la angustió. ¿Era tal vez una forma de reposar entre la vida y la muerte? ¿La habían reducido a un estado vegetativo, respetando tan sólo su visión y su cerebro?

Estaba asustada. Pero ni siquiera sabía de qué.

Cerró de nuevo los ojos, trató de calmarse y reflexionar. Si no estaba abordo de la nave, ¿qué lugar podía ser aquél? Sólo se le ocurrió una respuesta estremecedora: el asteroide azul.

¿Estaba realmente, dentro de aquel cuerpo celeste suspendido delante de la nave desde que llegara de su viaje a través del espacio a mayor velocidad que la luz?

Eso la hizo abrir nuevamente los ojos, aterrorizada. La idea era demencial, pero posible. Después de todo, aquella extraña prisión se parecía tanto al cuerpo vidrioso que viera durante tantas horas frente a la nave...

—No es posible... —susurró—. ¿Quién habría podido traerme aquí y para qué?

No esperaba respuesta a esa pregunta. Por ello, tal vez, la llegada de una voz hasta ella j con la contestación a su incógnita, logró causarle más sobresalto y terror que otra cosa:

—Serénese, doctora Lang. No corre ningún peligro.

Dilató sus ojos, buscando el origen de aquella voz, alguien que pudiera haber pronunciado tales palabras. No lo encontró,

— ¿Qué.:., qué han dicho? —pensó—. ¿Quién ha hablado?

Porque ella sabía que su supuesto susurro no era tal, que no había llegado a pronunciar palabra alguna, limitándose a hacerse mentalmente la pregunta que ahora alguien respondía.

—Es una pregunta larga de contestar —de nuevo le daban una respuesta—. Pronto lo sabrá, doctora...

¿Era realmente una voz? ¿O sólo pensamientos formándose en su mente en calidad de palabras?

—Algo hay de verdad en eso —captó aquel ser su pensamiento—. Estamos comunicándonos en forma telepática, doctora. Es el medio más idóneo para comunicarnos seres de distinto lenguaje. La mente es un don común a todas las criaturas inteligentes. Y, por tanto, el vehículo ideal para el contacto mutuo, ¿no es cierto, doctora Lang?

—Sí, sí —pensó ella desesperadamente—. Pero ¿qué ha sucedido? ¿Dónde están los demás? ¿Dónde está la nave? ¿En qué lugar me encuentro?

—Demasiadas preguntas— le llegó a la mente la respuesta—.

Tendrá contestación a todas, no tema. Pero déme un poco de tiempo. Tranquilícese sabiendo que tampoco a sus amigos les ocurre nada en absoluto. Son todos ustedes mis huéspedes. Están en mi hogar, soy su anfitrión. Eso debe bastarle. No tema nada. Descanse tranquila. En breve tendrá respuestas satisfactorias a sus dudas y preguntas. E incluso podrá ver a sus amigos.

Cerró los ojos. Le pesaban los párpados. Aquella «voz» mental lograba tranquilizarla. Era como un sedante. Poco a poco se fue quedando dormida, se sumió en un sopor dulce y profundo, exento ya de temores.

Al despertar, por vez primera, se enfrentó a una forma de vida diferente, a un ser que jamás había visto antes de ahora.

—Yo soy Quaw, su anfitrión, doctora Lang —dijo él—. Ha llegado el momento de que todas sus preguntas tengan respuesta.

Ella, fascinada, contempló al ser erguido ante ella, más allá de la urna donde reposaba en suspensión horizontal, como en un lecho invisible pero muelle y confortable.

—Cielos —pensó. Y esta vez notó que podía hablar, porque su pensamiento salió modulado por sus labios en forma de palabras—. ¿Qué clase de criatura es usted?

—Ya lo ve —dijo el otro—. Pero si le resulto desagradable o extraño, no se preocupe. Puedo cambiar de aspecto a voluntad. Soy mutante, doctora.

Y ante sus ojos, aquella forma de vida nueva y diferente, se transformó, como en un cuento de hadas, en un ser humano normal y corriente, como cualquier otro ciudadano del planeta Tierra.

El comandante Garko abrió los ojos y miró a Kira con alivio.

—Tú… Eres tú —musitó—. Gracias a Dios que estás aquí conmigo. ¿Qué ha sucedido?

—Lo ignoro, Lex —confesó ella—. Me ha ocurrido como a ti. Perdí la noción de todo, tras verte correr hacia la enfermería gritando cosas incoherentes. Luego, todo pareció estallar a nuestro alrededor, como si la nave se hiciera añicos. Y acabo de despertar aquí, en este extraño lugar…

Garko estudió el sitio donde se encontraban. Tocó las paredes cristalinas, frías y relucientes como el vidrio o el diamante. Mostró su perplejidad.

—No entiendo nada —murmuró abatido. Se miró las manos. Eran normales—. Hubo un momento en que me volví azul, se endureció mi piel como si fuese diamante…, y me sentí más poderoso, más fuerte que nunca… Supe entonces que la doctora Lang corría peligro, que Shark se había libertado y era un dios agresivo y cruel, dispuesto a destruir… Tenía que evitarlo, aniquilarle a él. Lo intenté. Y no sé lo que sucedió después, Kira.

—Tal vez pronto lo sepamos —dijo su esposa—. Por el momento, cuando menos, no sufrimos daño alguno. Y eso es esperanzador, querido.

—Así es, Kira —la rodeó con su brazo, amoroso y protector—. Pero me gustaría saber en qué lugar estamos y lo que va a ocurrimos aquí.

—Yo solo me preocupo por ti, querido —habló ella mirándole profundamente, muy de cerca—. No quisiera qué pudiera ocurrirte nada malo, que corrieses algún peligro por culpa nuestra. Mía y de tus compañeros de expedición, claro está.

—Sea lo que sea lo que tiene que suceder, debemos afrontarlo serenamente, Kira. No podemos hacer nada por evitarlo, a menos que mi extraño poder de estos últimos tiempos tenga alguna eficacia contra lo que nos rodea. Pero de eso no podemos estar seguros. Sólo Dios sabe la naturaleza de los prodigios que nos rodean, así como de su auténtica razón de ser. Porque ni siquiera podemos estar seguros de que nos encontremos entre amigos o enemigos, si es que realmente hay algún ser vivo e inteligente en este lugar, como parece desprenderse de lo que nos sucede.

—Seres vivos e inteligentes... Lex, ¿cómo serán ellos, si realmente están aquí?

—No lo sé, Kira. Todavía es un misterio para nosotros. Un misterio que, posiblemente, pronto quede desvelado y... ¡Mira eso!

Se había interrumpido, señalando de pronto ante sí, a través de una de aquellas polifacéticas paredes de cristal azul, con gesto de profunda sorpresa y voz conmovida por una intensa emoción.

Kira giró la cabeza. Contempló lo que su marido le señalaba.

—Son ellos... —murmuró—. Todos ellos.

—Así es —afirmó Garko—. Todos ellos. Y en celdas separadas entre sí, pero pudiendo vernos todos unos a otros..., ¡con la excepción de la doctora Lang! Dios, ¿dónde estará ella?

Y contempló, preocupado, a su lugarteniente Kraft, a Dobbs, a Shark, a Ilse Kern y al propio Weddell, encerrados cada uno de ellos en una de aquellas celdas o compartimentos cristalinos, separados entre sí por las caras faceteadas de aquel laberíntico mundo de vidrio azul.

Sólo la doctora Lang faltaba a la vista de todos ellos, que se miraban unos a otros, entre perplejos

—Ríe, ríe —murmuró—. Tienes motivos para ello, Quaw, quienquiera que seas. Pequé de soberbia, de arrogancia. Es el peor pecado para un hombre de quien dependen otras vidas humanas, otros destinos. Me está bien empleado comprobar que sólo soy un mísera criatura humana, no un ser de condición divina.

Las risas cesaron. La voz tronó ahora, burlona:

—Oh, no temas, comandante. Si soñaste con ser realmente un dios, puede que se cumplan al fin tus deseos. Ese poder que yo os di, ese juego que yo inicié para divertirme con vuestras reacciones de criaturas primitivas, va a repetirse pero en forma distinta. Los que fuisteis afectados por la radiación cósmica que yo dirigí a vuestra nave hasta el punto de creeros dioses porque simplemente vuestras mentes estaban saturadas de una energía superior, desconocida por todos vosotros, vais a tener la oportunidad de ser realmente dioses por unos momentos. Dioses enfrentados entre vosotros, para dirimir quién es el más fuerte, el que tiene derecho a ganarse el privilegio de seguir siendo como un dios por el resto de sus días.

Preocupado, Garko buscó con su mirada en vano, alargó sus brazos y apoyó sus manos en un muro de vidrio, como si pudiera ver más allá al interlocutor invisible con el que estaba conservando.

— ¿Qué quieres decir con eso, Quaw? —preguntó tenso—. ¿Qué diabólico juego se te ha ocurrido?

—Ese pronto lo sabréis Weddell, Shark y tú, comandante —rió la voz de nuevo—. Vais a participar en un original y hermoso torneo. ¡Un torneo entre dioses cósmicos que tratan de alcanzar la supremacía total sobre las demás criaturas humanas!

Y una sonora, rotunda carcajada, rebotando en ecos siniestros por el dédalo espejeante de las facetas cristalinas, acompañó esa inquietante frase del desconocido Quaw.

10

—Es cruel. Cruel y monstruoso, Quaw —dijo apagadamente la doctora Lang, inclinando la cabeza—. Usted no puede hacer eso, no puede hacerlo…

—Lo haré, doctora —sonrió el personaje erguido ante ella—. Puedo hacerlo y lo haré. Esos orgullosos humanoides se merecen un duro escarmiento por haberse creído superiores a lo que realmente son ustedes: una especie inferior, de capacidad reducida, inteligencia primaria y civilización rudimentaria.

—No seremos tan torpes cuando hemos llegado hasta aquí, Quaw —protestó ella con acritud.

— ¿Ustedes? ¿Llegar hasta aquí? —la risa de Quaw sonó desdeñosa—. Vamos, no me haga reír, doctora. Ustedes nunca podrían llegar a la galaxia Zorda, la que su comandante bautizó como Nebulosa K-1007.

—Pero hemos llegado, podemos verla…

—La ven donde antes nunca la vieron, ¿no es cierto, doctora? —sonrió burlón el otro.

—Sí…—musitó ella, insegura.

—Ahí tiene la evidencia.

— ¿Evidencia de qué? —se inquietó Velda Lang.

—Ustedes nunca llegaron aquí por sí mismos. Fui yo mismo quien les trajo.

— ¿Usted?

—Así es. Les hice saltar la barrera del Espacio-Tiempo; En sólo unos minutos, su nave-prisión salvó una distancia inconmensurable, millones y millones de años-luz, dejó atrás galaxias conocidas y remotas como la de Andrómeda, para penetrar, sin ustedes mismos enterarse, en el hiperespacio estelar, donde las cosas ya no son ni remotamente como ustedes conocen en su reducido concepto del Universo. Éste, doctora, es un confín extraño. Usted tuvo razón al hablar del «síndrome de divinidad». La felicito por su sagacidad. Es la más inteligente, dentro de su escaso nivel intelectual y mental como criatura humana, de todos los ocupantes de la nave. Aquí, doctora, los seres vivientes pueden ser dioses. Yo mismo lo soy. Puedo convertir en realidad cuanto deseo. El Tiempo y el Espacio no tiene límites para mi poder. ¿Es a eso a lo que ustedes llaman «dioses», doctora Lang?

—Algo parecido —suspiró ella cansadamente, mirando al mutante con resignación.

En apariencia, Quaw era un ser normal, un humanoide como cualquier otro: alto, delgado, pálido, de leve piel azulada, cabello largo y blanco, edad madura, expresión inteligente y astuta, vestía un

largo ropaje blanco, de brillo cristalino, que le llegaba hasta los pies como una túnica...

Todo eso era lo visible, lo que ella podía contemplar ahora. Pero no podía olvidar en modo alguno lo que viera antes, lo que le fue dado presenciar en el momento de despertar. Cuando vio a Quaw por primera vez, tal como realmente era.

No pudo dominar un escalofrío al recordarlo. Tras aquella falsa apariencia humana, hecha de piel y carne, de un rostro vulgar, de un aspecto físico nada inquietante, se ocultaba una criatura de otros espacios, una forma de vida distinta, en nada parecida a lo que ella conocía.

Un ser amorfo, fantástico y repulsivo a la vez. Una materia azul lívida, despidiendo frío, una especie de gélido hedor a naturaleza descompuesta. Una criatura vidriosa, de facciones inconcretas, bajo una especie de cabellera hecha de flecos cristalinos. Ojos poliédricos en una cara deforme y rugosa, que variaba constantemente de aspecto sobre un cuerpo blando y cambiante, que se movía reptando o saltando.

Quizá en su mundo, entre su gente, Quaw era uno de tantos y eran ellos, los humanos, quienes resultaban raros y desagradables para los demás. Pero él tenía la capacidad de poder convertirse en la forma de vida que quisiera, podía imitar la estructura molecular ajena sin esfuerzo, y poseía la fuerza mental suficiente para comunicarse telepáticamente y para aprender cualquier lengua extraña en pocos momentos.

—Está pensando en lo repulsivo que le resulté al verme, ¿verdad? —sonrió aquel falso ser humano.

—Sí, no puedo evitarlo. ¿Todos son así en su galaxia, Quaw?

—Mi galaxia es inmensa. Conoce muchas formas de vida diferentes, doctora. Pero de entre todas ellas, destaca una en particular: la nuestra. Los Silbe.

— ¿Silix?

—Sí. Seres como yo. Una raza elegida, la mejor de todas, la más poderosa de la galaxia. Sólo tenemos en común con vosotros, los humanos, que el carbono también forma parte de nuestro compuesto químico orgánico. Pero nada más. Los Silix somos realmente una raza de dioses, como diría usted. De ahí nuestro poder, nuestra fuerza, nuestra capacidad ilimitada de hacer prodigios.

—Y todo ése poder lo va a utilizar usted ahora en cumplir lo que ha dicho a mis camaradas y que usted me ha permitido escuchar desde aquí... Va a conducirles a pelear entre sí...

— ¿Pelear? No, no. No es esa la palabra exacta, doctora. Voy a hacer que se maten entre sí.

—Dios mío...

—Sólo de ese modo, saldrá uno vencedor, el mejor. Ése será quien gane el premio.

— ¿Qué premio?

—El don de la divinidad. Será inmortal y todopoderoso. Un verdadero dios en un Universo de dioses. ¿Le parece poco?

—Me parece espantoso y criminal. Si enfrenta a Weddell, a Shark y al comandante Garko, puede ocurrir lo más horrible. Weddell es un canalla, un ser sin escrúpulos ni conciencia. Shark es un enfermo desequilibrado psíquicamente. En cambio, Garko es un hombre honesto, noble y digno. Eso le sitúa en franca desventaja ante los demás.

—Habla en favor del comandante, a lo que veo —rió Quaw maliciosamente—. ¿Está enamorada de él?

—Sí —confesó la doctora, enrojeciendo levemente—. No es ningún pecado ni delito. Le amo.

—Él ama a su esposa Kira.

—Lo sé. Eso no importa. Yo sigo amándole pese a todo, en secreto. Él no tiene por qué saberlo jamás.

—Ustedes, los terrestres, son extraños. Tienen sentimientos absurdos: amor, celos, ternura, deseo. .. Eso les hace muy vulnerables. Y muy primitivos.

—Me encanta ser primitiva, entonces —declaró ella con orgullo.

—Allá usted, doctora. Me he dignado hablar personalmente con usted porque su coeficiente mental me ha parecido el más elevado dentro de los escasos parámetros del mismo entre ustedes los humanoides. Pero no puedo atender su petición.

— ¿Por qué no? Usted es la voluntad suprema aquí, ¿no?

—En efecto. Pero no transigiré con sus deseos. Ese torneo va a divertirnos a mí y a mis gentes.

— ¿Divertirse con la muerte y la mutua destrucción de criaturas vivientes? Eso es feroz, vergonzoso. Y no denota nivel inteligente alguno en ustedes.

—Por el contrario, la ausencia de piedad y cosas así son las que caracterizan a las razas superiores. Los sentimientos estorban, doctora. De todos modos, la invito al torneo. Será mi invitada de honor y podrá presenciar la lucha.

— ¿Qué clase de lucha?

—Ah, las condiciones del torneo las conocerá cuando se celebre —sonrió Quaw malévolamente—. De todos modos, sepa algo para su tranquilidad: usted y los demás, tras presenciar el torneo y ver a uno de sus tres compañeros de viaje convertido en un auténtico dios de la galaxia Zorda, podrán pasar a su nave y regresar a su viaje espacial, sin sufrir daño alguno.

— ¿Debo darle las gracias por su generosidad, Quaw? —preguntó

irónicamente ella.

—No, no lo haga —el mutante dio la vuelta y caminó alejándose de ella—. No merece la pena. Esto no lo hago por compasión ni por clemencia. Tampoco por simpatía. Sencillamente, habrán dejado de ser divertidos para mí. Y entonces me estorbarán. .

—Una pregunta más —rogó ella.

— ¿Sí? —Quaw se paró, volviendo la cabeza hacia ella.

— ¿Qué sucederá con el ganador de ese horrible torneo?

—Se quedará aquí para siempre —rió Quaw—. Convertido en unó de nosotros.

El mutante se alejó. Se filtró sin esfuerzo a través de un muro cristalino, como si fuese un fantasma o un ser inmaterial. Velda Lang se estremeció.

—Dios, ni siquiera es una esperanza confiar en que gane Garko ese espantoso duelo a muerte —murmuró—. Su destino, caso de ser triunfador, será quedarse aquí para siempre, en esta galaxia..., transformado en uno de esos horrendos seres helados...

***

Aquél era el circo. El lugar para el torneo.

Ella se quedó mirando a sus compañeros. Dobbs, Ilse y Kraft la sonrieron, estrechando calurosamente sus manos. Kira, por su parte, se acercó a besarla afectuosamente.

—Al fin juntos, doctora —murmuró la esposa de Garko.

—Así es, señora Garko —afirmó ella, contemplando aquella arena octogonal, hecha de suelo cristalino, rodeada de altos muros de helado vidrio rectangular, de prismas variados, donde se acomodaban en forma de obscena muchedumbre susurrante una masa de silix, idénticos a la verdadera forma física de Quaw. Como adheridos a aquellas formas cristalinas, parecían babosas a punto de deslizarse hacia ellos. Un soplo helado venía de ellos, como si fuesen criaturas hechas de hielo puro.

Los compañeros de la doctora, sin duda acostumbrados ya a ver a sus captores, no mostraban el horror inicial ante aquella muchedumbre extraña y alucinante que les rodeaba.

Sobre todo el paraje de pesadilla, un cielo negro se filtraba a través de la transparencia de los muros de vidriosa materia, con la mancha lejana de la galaxia violácea, la desconocida y terrible Zorda.

— ¿Qué es lo que piensan hacer exactamente? —preguntó Kraft preocupado—. Temo por el comandante. Y por el propio Shark. Ese hombre, Weddell, me da miedo. Es capaz de todo por vencer.

—Mis queridos amigos, vencer o perder en esta batalla significa muy poco —dijo con amargura Velda—. El destino del triunfador tampoco es precisamente envidiable.

Kira la miró con preocupación.

— ¿Qué quiere decir? —preguntó—. ¿Qué piensan hacer con el que venza?

—Concederle el premio, eso sí: será un auténtico dios, tal como entienden la divinidad las criaturas en este confín de Universo. Pero no valdrá la pena de conseguir tan alto premio. Porque a cambio de él..., será uno de ellos. Quienquiera que gane, será un silix, ¿comprenden? Ellos son aquí la raza superior, los semidioses de Zorda.

—Cielos. Y los perdedores..., morirán —susurró Ilse, estremecida, abrazándose a Kraft.

—Así es. Ellos mismos se destruirán entre sí, Ilse. No podemos evitarlo. Aquí la palabra de Quaw es ley, su voluntad y capricho no se discuten.

— ¿Y Quaw es igual que todos ésos? —se estremeció Dobbs con repugnancia.

—Ciertamente —afirmó la doctora—. Igual que todos. Pero él es el jefe, el amo de esta tribu de criaturas de mente superior y aspecto horrible.

—Noto sus ojos fijos en todos nosotros —susurró Ilse, muy pálida —. Me dan asco. Y miedo.

—Son otra forma de vida, simplemente. Pero a mí también me asustan, Ilse. Porque son seres que desconocen los sentimientos. El odio, el amor, el deseo o la pasión son para ellos conceptos vacíos que sólo corresponden a entes inferiores. Ésa es su helada filosofía. No tienen sangre, ni corazón, ni alma. Sólo cerebro, inteligencia, energía mental capaz de todo... Y estamos en su poder. De modo que no hay rebeldía ni evasión posible.

11

—El duelo era terrorífico.

Aquellos tres hombres, convertidos en terribles fuerzas devastadoras, luchaban entre sí para aniquilarse en un enfrentamiento pavoroso.

Garko había evitado el ataque inicial de Weddell. Shark también. Pero Garko no pudo evitar que el propio Shark le atacase, tan sólo con sus manos y sus ojos, haciéndole revolcarse por el suelo entre destellos de su cuerpo, que parecía sufrir un ataque cruel y doloroso.

Weddell, entonces, atacó a Shark, evitando que éste siguiera torturando con sus energías al abatido Garko. Shark, agredido por la espalda por la mirada y el fluido terribles que emanaba aquel ser transformado, saltó violentamente, cayendo de rodillas entre alaridos, con su piel chisporroteando.

Garko logró incorporarse a su vez, contemplando el duelo entre ambos. Hubiera podido atacarles entonces, pero no lo hizo.

Los silix emitían jadeos sordos, continuados, en señal de aprobación por la batalla colectiva que estaban contemplando. Era evidente que disfrutaban con aquellos sufrimientos de los obligados gladiadores.

—No puedo soportarlo —jadeó entre diente Ilse—.

Es horrible verles destrozarse así entre ellos. Weddell es como una fiera, pero los otros dos…

—Calma, querida —respondió Velda en un murmullo—. No podemos hacer nada por ellos, desgraciadamente.

Miró en torno. Dobbs y Kraft también sufrían lo indecible. La doctora arrugó el ceño al descubrir algo. Sólo Kira Garko no parecía sufrir en absoluto.

Sus ojos estaban fijos en el ruedo, pero su bello rostro permanecía inexpresivo, sin emoción alguna. Velda no entendía eso. Se suponía que Kira amaba a su esposo más que a ninguna otra cosa en su vida.

Otro incidente atrajo la atención de Velda Lang. Esta vez se trataba de Yumbo. El perrito estaba también allí con ellos. Tal vez en el transporte de todos ellos al interior del asteroide geométrico, Quaw no se olvidó de la pequeña mascota, al que sin duda consideraría aún más insignificante y despreciable que á los humanos, por ser un irracional.

Lo sorprendente es que Yumbo no estaba solo, medio escondido ahora entre los prismas cristalinos donde se acomodaban los silix.

Una pequeña perrita, bella y deliciosa, estaba junto a él, en actitud afectiva. Yumbo parecía muy feliz con su nueva e inesperada compañera.

—No es posible… —murmuró la doctora—. No pueden existir perros aquí. ¿De dónde ha salido esa perrita para Yumbo?

Le hizo un gesto al animal. Éste corrió hacia ella moviendo el rabo, por entre los asientos de cristal, mientras el torneo proseguía en la pista, cayendo ahora Weddell bajo el ataque de Garko, que así impedía que el convicto rematara a Shark, su enemigo.

Acarició a Yumbo disimuladamente, mientras la atención del resto de los presentes, humanos o no, estaba pendiente sólo de la dura pugna en la arena. Velda parpadeó asombrada al descubrir el destello azul en los ojos del perrito.

Y entonces comprendió.

Un estremecimiento sacudió su cuerpo. Contempló a Yumbo con mayor asombro que nunca.

—Tú también… —susurró—. Tú también eres ahora un pequeño dios, Yumbo… Esa energía ha penetrado en ti…, y has deseado una perrita. Has conseguido tu deseo porque puedes también materializar tus deseos…

El animal ladró, moviendo afirmativamente la cabeza. Le comprendía. Su sabiduría actual era superior a la normal en el perro, y comprendía lo que le estaba diciendo. Velda, demudada, observó que la perrita ahora era del todo indiferente a Yumbo y se limitaba a permanecer quieta, la mirada ausente.

—Me pregunto si… —Velda se inclinó aún más sobre el perro. Y le dijo algo al oído.

El animal salió disparado en esta ocasión. Se dirigió a los demás compañeros de Velda, saltó sobre sus piernas y llegó hasta donde Kira Garko asistía al duelo de su esposo con los otros dos hombres sin aparente emoción en su gesto.

Para sorpresa de todos, Yumbo hizo algo insólito en él. Mordió el brazo de la esposa de Garko. Lo mordió con fuerza.

Ella no chilló, ni siquiera reflejó dolor. Pero sí miro asombrada y molesta al animal.

Y el brazo de Kira comenzó a chisporrotear bajo la piel. Ésta se quemó, en una ancha rodela, y el chisporroteo se transmitió a sus ojos y boca. Por ambas partes comenzaron a brotar destellos azules y el aire olió a quemado.

Velda Lang se puso en pie rápidamente y gritó a Garko: — ¡Mire, comandante! ¡No vale la pena que luche ahí! ¡Vea el engaño de que es víctima! ¡Su esposa Kira jamás vino desde la Tierra para unirse a usted! ¡Esa mujer es un simple androide creado por Quaw para satisfacer sus deseos y hacerle creer que era usted un verdadero dios! ¡Todo es obra de él! ¡Él es el único capaz de hacer cuanto quiere y de conceder mediante transmisión mental lo que otros desean o piden!

Garko se detuvo en plena lucha, asombrado, dejando caer a

Weddell, que sufría el embate de su energía. Miró con horror a su esposa, que ahora se agitaba, víctima de varios cortocircuitos internos, reflejando que era sólo una envoltura de plástico imitando la piel, con perfectos mecanismos dentro de su ser.

—Dios mío, no... —gimió roncamente, palideciendo—. Todo es falso entonces... No pueden convertir en un dios a ninguno de nosotros, sino sólo transmitirnos su propia energía por un tiempo... ¡Farsantes, cobardes!

Se apartó de su enemigo. Weddell, sin embargo, saltó sobre él para atacarle e intentar destruirle con furia animal, lleno de salvaje odio. Shark, en ese punto, se precipitó sobre el convicto, rodando ambos por el suelo de la pista, en abrazo feroz, mortífero.

Quaw se había incorporado en su trono, airadamente, mirando colérico a la doctora. Hizo un gesto con su brazo. Su voz tronó en el ámbito del siniestro circo:

— ¡Destruidles a todos! ¡Acabad con ellos! ¡La diversión se ha terminado, ya no nos sirven para nuestro juego! ¡Muerte a todos los humanoides, pronto!

Los silix, todos a una, como una horrenda horda fétida y glacial, comenzaron a moverse, a reptar hacia ellos. Un cerco alucinante se formó en derredor de los tripulantes de la Alcatraz II.

Éstos se agruparon, medrosos, esperando lo peor. Varios de los entes azules se interpusieron en el camino de Garko, al ver que el comandante corría en defensa de sus camaradas, desentendiéndose ya por completo del torneo pero también de la que él imaginara que era su amada Kira, solamente un androide artificial, dotado de memoria y de conocimientos idénticos a los de la verdadera Kira Garko, que jamás saldría del planeta Tierra...

El fin de los expedicionarios cósmicos parecía ya inevitable. Garko podía percibir las fuertes ondas mentales de los silix, ordenando a su cerebro su propia autodestrucción inmediata.

Dejó de pensar en nada, bloqueó su mente cuanto le fue posible en un poderoso esfuerzo cerebral y de voluntad para no verse afectado por aquellas órdenes mentales, pero sabía que eso terminaría pronto y sería víctima irremisible de aquellos entes malignos, lo mismo que el resto de sus camaradas cautivos en el interior de Khar, el asteroide cristalino...

***

Inesperadamente, un destelló súbito y cegador lo invadió todo, justamente cuando Shark, en la pista del torneo, acababa con Weddell, rematándole con su energía, antes de que el convicto pudiera hacerle a él víctima de su propio poder.

Los silix retrocedieron como formas aterrorizadas ante aquel resplandor que ya no era azul, sino purpúreo e intenso, capaz de

deslumbrar a todos. De sus bocas brotaron sonidos inarticulados.

Ante el asombro de todos, aquellas repulsivas criaturas azules comenzaron a arrugarse, a encogerse y ennegrecerse, como si un fuego purificador llegado de las alturas terminase con todos ellos en una masacre colectiva.

La doctora Lang miró hacia Quaw en su trono, justamente cuando el comandante Garko llegaba junto a ella y la rodeaba protectoramente con su fuerte brazo. La bella Velda se estremeció al sentirse protegida por el hombre amado.

Quaw, en su trono, se retorcía asimismo, recuperando su forma original, para convulsionarse y deformarse rápidamente, lo mismo que todos sus congéneres. En escasos momentos, el extraño circo se convirtió en un silencioso cementerio de cuerpos encogidos y oscuros, como larvas abrasadas.

— ¿Qué ha ocurrido, comandante? ¿Qué significa esto? —musitó la doctora Lang, horrorizada.

—No lo sé, pero se parece mucho a la justicia divina diría yo —fueron las palabras de Garko, mientras la retenía contra sí, cada vez más fuertemente.

A medida que la luz lo invadía todo, la piel de Garko y de Shark comenzó a perder su coloración azul, los ojos de ambos se tornaron normales, e incluso el fiel Yumbo volvió a tener sus ojos castaños y no azules, mientras su perrita, como la propia Kira, se consumía en pavesas en medio de un chisporroteo constante de circuitos quemados. También la perrita era un androide creado para satisfacer los deseos del perro convertido por unas horas en un auténtico y pequeño dios…

Inesperadamente, de aquella luz descendió una forma purpúrea, una especie de cuerpo etéreo, flotante, sin rostro, recordando vagamente una forma humana en silueta. Era como una transparencia o la imagen de un holósgrafo. .

—Estad tranquilos todos —sonó una nueva voz, más dulce y serena que la del siniestro Quaw—. Hemos llegado a tiempo de salvaros de la crueldad dé Quaw. Ahora podréis volver a vuestra nave sanos y salvos y reanudar vuestro viaje por las regiones que realmente os correspondía recorrer.

— ¿Quién eres tú? ¿Quiénes sois vosotros? —preguntó Garko, asombrado.

—Los señores auténticos de la galaxia Zorda —respondió la voz—. Quaw era sólo un criminal, un rebelde confinado en esta prisión espacial, semejante a la vuestra, con todos su criminales aliados con él. El azar quiso que su prisión se encontrase con la vuestra a través del espacio y del tiempo, y utilizó sus malignas facultades, su rara inteligencia y poder para convertiros en caprichoso juguete de su maldad. Perdonad, pero ya nunca más seréis molestados por criaturas

de Zorda. Los silix eran los únicos delincuentes de nuestra galaxia, y puesto que la prisión perpetua no fue bastante castigo para ellos, nuestras fuerzas cósmicas de seguridad los han detectado a tiempo, evitando que os convirtieran en sus víctimas.

— ¿Y podremos volver realmente a nuestra nave? ¿Cómo hacerlo, señor? —quiso saber Kraft.

—Eso es cosa nuestra, humanos. Vosotros jamás podrías salir por vuestros medios de ese laberinto celular.

Y la luz creció. Creció de tal modo que, totalmente cegados, los terrestres cubrieron sus ojos, cayendo de rodillas, alucinados. Sus mentes se hundieron en una sima de aturdimiento, de pérdida de consciencia, de absoluta carencia de todo sentido y sensación.

Nunca supieron lo que duró el fenómeno. Tal vez segundos, tal vez siglos del tiempo terrestre. Pero como en un abrir y cerrar de ojos, la luz se extinguió, pudieron abrir de nuevo sus párpados… Y se hallaron a bordo del Alcatraz II, en el puente de mando, frente a la pantalla panorámica.

Garko lanzó una exclamación, sin dejar de rodear con sus brazos a la doctora Lang. Cerca de él, también Kraft apretaba contra sí a Ilse Kern.

En la pantalla panorámica no había ya el menor rastro del asteroide azul. Ni tampoco de Zorda, la galaxia violácea. El cielo volvía a ser el que ellos familiarmente conocían de siempre. Estrellas, nebulosas, galaxias conocidas, como Andrómeda allá en lo remoto.

—Hemos vuelto a nuestro propio espacio —dijo Dobbs roncamente—. Hemos vuelto al fin a la normalidad…

—Dios mío, gracias por ello-susurró Shark, que parecía curado de su agresividad pasada—. Espero que algún día me perdonen todos el mal que les he causado…

—No diga tonterías, señor Shark —sonrió Garko—. Todas las cosas a bordo han sido anormales por un tiempo, sin que ninguno de nosotros tuviera la culpa de ello.

—La única culpa de algunos de nosotros fue creernos realmente dioses —recordó Shark amargamente—. Seguíamos siendo los mismos hombres llenos de limitaciones y defectos de siempre.

—Afortunadamente, señor Shark, afortunadamente —suspiró Garko, mirando muy de cerca á la doctora Lang—. No me hubiera gustado en absoluto llegar a ser un dios, se lo confieso. Todos cometimos errores, y yo más que nadie, ¿no es cierto, doctora? Ni siquiera supe ver que mi supuesta esposa era sólo un robot, un androide creado por Quaw para divertirse a costa de mis sentimientos, de mis debilidades…

—No se lamente demasiado, señor —sonrió Velda—. Hasta Yumbo cometió sus errores, como un ser humano, ¿no es cierto?

Miró al perrito, situado junto a ellos en el puente. El animal ladró, mirando en torno como si buscara algo. No parecía gustarle haberse quedado solo.

Velda sonrió moviendo la cabeza.

—Lo siento, amiguito. Tu compañera era tan falsa como la señora Garko, simplemente un androide perruno. No te hubiera hecho feliz. Y no merecías eso. Después de todo, te portaste muy bien. Gracias a ti, el comandante vio la verdad, y no llegó a matar a su compañero o a morir a manos de éste.

—Estábamos como locos —suspiró Shark, apretando con calor la mano del comandante—. Ese maníaco monstruo de Quaw nos hizo una buena jugada... Casi acaba con todos nosotros, señor.

—Pero la justicia se impuso al fin. Otros seres superiores, tal vez más cerca de ser dioses que todos nosotros y qué esos monstruos azules, impidieron el desastre. Sean quienes sean, y estén donde estén en el Universo infinito, démosles gracias a ellos durante el resto de nuestras vidas, amigos míos.

Velda le miró a los ojos. También Garko a ella.

E inesperadamente, él se inclinó y besó sus labios.

EPÍLOGO

Un día, la nave Alcatraz II sobrevoló un planeta verde y azul, muy semejante al planeta Tierra.

Llevaban cinco años de viaje espacial y habían empezado a perder las esperanzas. Era una galaxia cercana relativamente a la Vía Láctea. Un lugar en el espacio donde había una nueva esperanza.

***

Lograron descender en ese planeta desconocido.

E iniciar una nueva vida sobre tierra firme, en un mundo con agua, sol, lunas y aire rico en oxígeno.

Kraft e Ilse formaron una feliz pareja en aquel mundo idílico. Garko y Velda Lang también. Dobbs y Shark se conformaron con su soledad.

Así se levantó una nueva colonia terrestre que la propia Tierra jamás llegaría a conocer posiblemente.

La travesía cósmica de la Alcatraz //había terminado por fin. Nunca regresarían a su mundo. Pero habían encontrado otro mejor y más pacífico donde echar raíces y formar una nueva vida, una Humanidad diferente tal vez.

Una comunidad sin prisiones ni castigos, sin odios ni rencores, sin violencias ni delitos. Si es que todo eso era posible donde el hombre anida.

Al menos, con esa esperanza iniciaban su existencia en el suelo del mundo nuevo. Y valía la pena tener cuando menos eso, una esperanza.

Para seguir siendo sólo humanos, nunca dioses.

FIN